

PARA MAYORES DE 18 AÑOS



CURTIS GARLAND

EL ROSTRO DEL HORROR



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

361 — El gato que ríe, *Curtis Garland*.
362 — El genio de la muerte, *Clark Carrados*.
363 — Una suite en el cementerio, *Adam Surray*.
364 — Contrato con el mundo del horror, *Joseph Berna*.
365 — Las maravillas de ultratumba, *Ralph Barby*.

CURTIS GARLAND

EL ROSTRO DEL HORROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 366
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 41.557 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

El doctor Austin Brodman se arrebujó mejor en su amplia capa negra, de buen paño, y avanzó con mayor premura por el borde del río, dando secos y breves golpes de bastón en el pavimento. Inclinó la cabeza para protegerse del viento frío y húmedo, que amenazaba incluso con hacerle volar su sombrero de copa alta y peluche negro, reluciente.

—Maldita noche endiablada... —gruñó entre dientes, malhumorado, mientras las luces de gas del puente de Lamberth se aproximaban a él en la bruma, como flotantes y fantasmales globos lechosos, flotando sobre las aguas oscuras y sucias—. No debí asistir a esa fiesta en una noche semejante. Hubiera sido mejor quedarse trabajando en el consultorio hasta avanzada la madrugada. Sobre todo, teniendo pendiente en el laboratorio ese experimento...

Pero ya no tenía remedio. El doctor Brodman había dejado en la reunión a sus colegas y amigos, casi todos ellos compañeros de promoción en la Facultad de Medicina, y estaba a mitad de camino en el regreso a su confortable y vieja mansión de Lambeth Road, junto a Kennington, al otro lado del Támesis. Aquella casa heredada de su tío, lord Brodman, habilitada hoy en día para consultorio ante la irremisible envidia de muchos de sus colegas, que se veían obligados a recibir su clientela en los inevitables consultorios de Harley Street, para cumplir con la tradición, aunque fuese a disgusto y contra su voluntad.

No había encontrado carruaje de alquiler para regresar, ni quiso molestar a ninguno de sus colegas mencionándoles el hecho de que su propio fiacre estaba ahora reparándose de una avería en la rueda derecha y las ballestas. Por eso regresaba a casa por su propio pie, aunque la noche endiabladamente fría, húmeda y neblinosa, no invitara precisamente a ello.

La alta figura del doctor Austin Brodman era como una sombra más entre el juego de brumas, sombra y luz de aquellas calles de húmedo pavimento, bordeando el río y sus puentes. Sus zapatos sonaban con un sordo taconeo en el silencio casi espectral de Millbank, tras haber dejado atrás Victoria Embankment y las luces del Parlamento, hundiéndose en el algodón espeso y sucio de la atmósfera de Londres.

Alto, altísimo y delgado, sus negras ropas, su elegancia natural, casi aristocrática, su hábito de usar capa negra y bastón de fina contera y empuñadura de plata, le daban el aire de gentleman típico, pero su sombra, proyectada a trechos por las farolas de gas, llegaba a convertirse, a veces, a causa del reflejo y del vuelo de su sedosa capa, en una especie de gigantesco murciélago sobrevolando sigiloso las aguas del río.

Sin embargo, nada más lejos de cualquier apariencia de terror o de inquietud que el rostro apacible, anguloso, algo pálido y señorial, del famoso cirujano londinense.

Ojos grises, nariz recta, algo halconada, labios finos, pómulos marcados, mejillas sumidas, expresión cortés y una gran inteligencia en el brillo de sus pupilas vivaces, le daban el aire de un miembro de la Cámara de los Comunes y no de un simple médico cirujano, por bueno que como tal pudiera ser él. Y ciertamente lo era. Uno de los mejores de Londres en su especialidad.

Iba abstraído, profundamente hundido en sus reflexiones. Todavía recordaba la fiesta dada por el doctor Marston, su viejo colega y amigo de la Facultad, siempre tan jovial, divertido y dado a las reuniones donde corriera fácilmente el alcohol y donde se contaran chistes atrevidos, cuando no había damas livianas invitadas para animar el festejo.

Esta había sido una de las veces en que no hubo damas dudosas invitadas, quizá porque una mujer con título médico, la doctora Kauffman, había sido una de las asistentes a la reunión, y Marston debió pensar que era una ofensa hacerla compartir la noche con vulgares mujerzuelas, por muy seleccionadas que éstas fuesen.

Al doctor Brodman no le gustaban las fiestas. Pero había compromisos ineludibles, y la llamada amistosa de los camaradas de promoción era algo inevitable, a riesgo de ser considerado un tipo huraño, hostil y ajeno a su propia profesión y alma mater. Por eso había acudido esa noche, dejando muchas cosas a medio hacer. Sonrió, recordando el gesto de reproche en el dulce rostro rubio de su ayudante, Nelly Parrish. Ella le había despedido con unas palabras irónicas, aunque no de censura:

—Le deseo que se divierta, doctor. Lo necesita. Pero recuerde que sus investigaciones también son importantes para muchas personas desgraciadas. Y está tan cerca del éxito final... que es lástima perder el tiempo en reuniones vacías y fútiles...

Ella tenía razón. Nelly Parrish siempre tenía razón. No sólo era una colaboradora leal, esforzada y sensible, sino sumamente razonable y discreta. Como él mismo, se daba cuenta de que el éxito definitivo estaba cerca, muy cerca. Bastaría un poco más de trabajo, algo más de esfuerzo... y tal vez al final todo resultara como ellos esperaban.

«No debí dejar las investigaciones esta noche —se dijo a sí mismo el doctor Brodman, mientras caminaba tranquilamente bordeando los jardines que le separaban de la margen del río, ya cerca de Lambeth Bridge—. Melly tiene razón. Estamos tan cerca... Tan cerca... Oh, Dios mío, ¿será posible que logre ayudar tanto a la Humanidad alguna vez? Si esto resultara realmente... sería fantástico. La solución a muchas cosas que ahora no tienen remedio...»

Ya estaba ante Lambeth Bridge. El puente, tendido sobre el Támesis, iba a desembocar en Lambeth Road. Tenía que cruzarlo para volver a casa. Siempre, en noches así, una leve e indefinible aprensión le invadía. Sentía cierto miedo a cruzar el puente, pese a que no se consideraba un hombre cobarde, ni mucho menos.

Pero la niebla, el río, el silencio y la soledad habituales en aquel paraje ribereño, contribuían a tensar sus nervios, habitualmente tranquilos y serenos.

Tanto la margen superior como la inferior del río mostraban su desnudez total de señales de vida. Y el puente, salvo sus globos de luz de gas, tenue y difusa, poco más podían revelar a la mirada del peatón de madrugada. Tal vez esa misma quietud, esa ausencia de vida, de formas en movimiento, de sonidos, era lo que enervaba al paseante. Y eso que el doctor Brodman no temía a los merodeadores. Para eso llevaba su bastón negro, aparentemente tan burgués como inofensivo. La realidad era muy otra: llevaba un largo y afilado estoque bajo la funda. En cualquier momento, si era agredido, podía desenvainar la hoja de acero y atravesar al agresor en un instante.

Sus miedos eran otros. Para ser un científico, un médico especializado en una rama peculiar de la cirugía, donde era de imaginar que el temor a las cosas espantables era muy problemático, lo cierto es que Austin Brodman sentía un extraño, oscuro e indefinible terror a algo mucho menos concreto que un salteador o un rufián del hampa, deseoso de robarle la bolsa o las joyas.

Era un miedo inmaterial el suyo. Un miedo a algo que tal vez sólo existía en su imaginación. El temor a lo desconocido. A lo que tal vez ni siquiera existe. Pero que uno, a veces, si es sensible, capta cercano, inminente, agazapado en la oscuridad, embozado en las tinieblas o dejándose enroscar por las frías sierpes viscosas de la niebla londinense.

Casi se echó a reír al pensar en todo eso. La contera de su bastón golpeó con mayor energía y contundencia en el pavimento del puente de Lambeth, mientras iniciaba el cruce del mismo hacia el otro lado.

Bordeando el mismo, pegado a la barandilla que asomaba al negro y maloliente río, se irguió con mayor decisión, e incluso silbó una tonada de moda en los music-hall de Londres por aquellos días del otoño ya agonizante de 1893. Tal vez una de las tonadas libertinas y frívolas que el alegre Príncipe de Gales, el gordo e inefable Alberto Eduardo, hijo de la Reina Victoria y eterno heredero de la Corona, habría tarareado más de una vez en los cabarets, bailando con la cantante de moda o la actriz en candelero.

Y, de repente, la niebla vomitó el horror.

La boca del doctor Brodman se abrió en un impulsivo gesto mecánico. Sus cuerdas vocales tuvieron que irritarse con el grito ronco, desgarrado, que pudo emitir dificultosamente, al tiempo que se echaba atrás y desenfundaba de modo instintivo su largo y afilado estoque. El acero centelleó, presto a herir. Pero no se lanzó a fondo.

Era un rostro escalofriante el que había surgido de la niebla repentinamente, mostrando ante él la imagen misma del terror, la efigie delirante del pánico y de lo infrahumano.

Por unas décimas de segundo que se antojaron una eternidad para el doctor Brodman, unos ojos bordeados de rojo violento, sangrante, se enfrentaron a los suyos. Un rostro descarnado, sobre cuya rara piel tensa, lívida y deforme, asomaban al parecer los ángulos de huesos crispados, casi clavándose en la carne, y una boca casi sin labios, exhibiendo los dientes y encías en horrible

mueca que era como un remedo demoníaco de sonrisa, se entreabría en un jadeo escalofriante.

Esa visión increíble y aterradora duró exactamente un segundo. Tal vez dos, pero el doctor Brodman no estuvo seguro de eso. La vislumbró borrosamente, la niebla formó luego piadosos jirones delante de aquella mueca del infierno, y la faz del horror se borró definitivamente, mientras en alguna parte, en medio de la espesa niebla, sonaba un grito, un jadeo ronco, una especie de estertor horrible, que contenía dolor, pena y hasta odio.

Después, una sombra flotó en el puente. Pareció elevarse como un pájaro grande y oscuro sobre el pretil. Y, finalmente, levantó el vuelo. Sólo que sus alas no pudieron remontarlo como parecía ser la intención del misterioso ser de la noche.

Aquella alada forma había surcado el aire. Dejó atrás la barandilla de Lambeth Bridge y el destello tétrico de las farolas de gas. Luego, inició un picado siniestro sobre la oscura superficie del río.

Un chapoteo se mezcló, allá abajo, con un grito tan helado como las aguas del Támesis en aquella noche y a semejantes horas. Después, reinó el silencio en el puente.

El doctor Brodman tardó más de lo habitual en reaccionar. No supo si era la sorpresa, la incertidumbre del momento, o la visión fugaz y dantesca de aquella especie de increíble rostro enmarcado en sombras negras, como la aparición escalofriante de un ser de ultratumba.

Luego, dominándose como pudo, se inclinó veloz sobre el pretil del puente, clavando sus ojos en el río.

Pese a la oscuridad y la bruma, sus ojos captaron un movimiento en las aguas y un sonido como el chapoteo de algo, agitándose en la sucia superficie ribereña. La espuma se mezcló con la grasa y los desperdicios sobre la capa de agua negra.

Un bulto en movimiento trataba de emerger, de mantenerse a flote. Pero la pesadez fría y mortal de las aguas lo atraían, empezando a engullirlo en un implacable gorgoteo que sonaba a tragedia, a gelidez, a muerte...

—¡Ya voy! —gritó roncamente el médico, reaccionando aunque en forma algo tardía—. No se deje vencer por la corriente. ¡Resista! ¡Voy a ayudarle!

Y tiró su bastón, su capa y su sombrero de alta copa negra y reluciente, para lanzarse en zambullida desesperada hacia el fondo oscuro y tétrico de las aguas heladas.

El cuerpo del médico surcó el aire hecho jirones de pegajosa niebla, para irse a sumergir en el Támesis a escasa distancia de donde pugnaba por sobrevivir, sin dejarse arrastrar al fondo de las aguas.

La corriente no era nunca excesiva. Lo peor era la suciedad, la cantidad de residuos, grasas y basuras que arrastraban las aguas, dificultando cualquier maniobra del salvamento en un fangoso lecho de lodo mortífero. Eso lo sabía bien el doctor Brodman, que braceó desesperadamente, aproximándose al lugar donde una forma concreta pero evidentemente todavía viva, pugnaba

por emerger, por no sumergirse de forma definitiva y trágica en las profundidades del río.

—¡Animo! —Jadeó, tratando de hacerse oír a través del sonido áspero del choque de los cuerpos con el agua—. ¡Ya voy, resista...!

Se acercó por momentos al otro cuerpo que braceaba, estéril, a medida que se hundía más y más en las aguas. Borrosamente, descubrió unas ropas oscuras envolviendo la cabeza de quien se hundía en medio del agua oscura y los detritus malolientes.

Alargó una mano casi desesperadamente. Descubrió que otros dedos, rígidos y helados, resbaladizos por la grasa y el frío, mojados de agua sucia, intentaban aferrar los suyos, sujetarse a ellos como al último asidero vital, antes de sumergirse en las honduras terribles de la muerte.

Con un esfuerzo supremo, el doctor Brodman consiguió cerrar sus propios dedos sobre aquellos yertos y torpes. La presión mutua se hizo rabiosa, frenética. Casi sintió dolor. Pero lo soportó, sujetando contra sí aquella mano, aquellos dedos, aquel ser que, irremisiblemente, de no ser por él, se hundiría de forma definitiva en el fondo de oscuridad, de suciedad, de frío, mugre y muerte.

—¡Ya está! —Musitó, esperanzado, tirando con fuerza hacia la orilla, por debajo de los arcos del río—. Creo que lo conseguiré...

Arriba, nadie se había dado cuenta de nada. Ni un policía, ni un transeúnte, ni un silbato siquiera. Nada. Ni la más leve huella de alarma o de ayuda. Sólo él y la víctima. El y la persona que se hubiera hundido sin remedio en la gélida sima negra del Támesis, de no mediar su heroica acción de salvamento.

Lo consiguió. Lenta pero inexorablemente, sus brazadas furiosas fueron aproximándose a la orilla de un embarcadero, llevando a rastras un cuerpo inmóvil, que ni siquiera resistía ya a las aguas o a sus afanes, prueba evidente de que el frío, el miedo o todo ello unido, le habían reducido a la inconsciencia.

Con un nuevo y desesperado esfuerzo, logró alcanzar los escalones del embarcadero de Lambeth, entre Horseferry Road y Page Street. Ya con los pies apoyados en el empedrado dé Millbank, tiró de la forma flotante e inerte que yacía en las aguas, hasta lograr depositarla sobre el primer escalón que lamían las sucias aguas. La dejó allí, dejándose caer en el otro escalón, con un resoplido. Sus ropas estaban chorreando agua. Su cabello oscuro despeinado barría su ancha frente pálida y sin arrugas.

—Uf... —jadeó, agotado—. Casi se hunde sin remedio...

Sin duda intentó matarse. Se lanzó al río premeditadamente. Pero no... no logro entender algo. Parecía haber alguien más en el puente... Ese rostro horrible que vi en la niebla... Porque esa forma que he rescatado yo del río me parece que es..., que es... una mujer. ¡Y aquella espantosa cara no podía ser de ninguna mujer viviente!

Respiró hondo. Trató de recuperarse, la mirada turbia fija en la forma oscura, yacente a sus pies, hecha un informe bulto negro, envuelto en

pliegues. Los pliegues de una capa y una caperuza de paño negro, que envolvían sin duda a la mujer salvada del río y de la muerte. Sus ojos vagaron por el puente cercano y los globos de lívida luz de gas, salpicando su trazado sobre el Támesis, a través de la niebla.

¿Y la otra persona? ¿Y el dueño de aquella faz de pesadilla? ¿Dónde estaba ahora?

—Tal vez la asustó... —su voz sonó ronca entre los labios que chorreaban agua sucia—. Ese horrible ser pasaría junto a ella, provocando su loca acción... Luego, desapareció en la niebla, en la noche... Y esa pobre criatura pudo haber muerto por su culpa...

Se estaba recuperando. También la persona salvada.

Oyó apagados sollozos a sus pies. Se inclinó. Sus dedos trémulos tocaron el paño negro, empapado, que envolvía a la persona salvada tan milagrosamente. Notó bajo el mismo las sacudidas espasmódicas de una respiración agitada, un cuerpo yerto, vencido por la angustia y el dolor. Trató de confortar a su protegida:

—Vamos, serénese... —musitó—. Ya pasó todo. Está a salvo. Ya nada tiene que temer, amiga mía. Está en tierra firme, a salvo... ¿Por qué? ¿Por qué lo hizo?

Lenta, muy lentamente, el rebujón de tela se agitó a sus pies. Lentamente, la caperuza que envolvía aquella cabeza anónima, se elevó hacia él. Entre los pliegues de la amplia capa negra con forro carmesí de seda, emergió una mano larga, marfileña, de dedos largos, sensibles, terminados en afiladas y largas uñas bien manicuradas.

Una voz rota, pero indudablemente femenina, e incluso tierna en el fondo, sonó allá al fondo de la forma incongruente salvada de la negrura helada de la muerte:

—¿Y me lo pregunta? ¿Por qué lo dice? ¿Usted dice que ya pasó todo? Oh, Dios, ¿por qué? ¿Por qué lo hizo?

—¿Hacer... qué? —balbuceó el doctor Brodman, sorprendido. .

—Salvarme... —la voz era un hilo quebrado y tenue—. Salvarme mi maldita vida, señor. ¿Por qué tuvo que hacerlo?

—No diga tonterías. Es una locura. Nadie puede poner fin a su vida voluntariamente. Nadie debe matarse. En la vida, todo tiene remedio. Todo, amiga mía..., menos morir.

Y eso es lo que usted iba a hacer deliberadamente. Me pregunto aún por qué...

—¿Por qué? —La voz amarga tuvo un rezumar de tristezas y de sarcasmos cuando sonó en respuesta—. ¿Quiere realmente saberlo? ¿Lo quiere saber? Pues bien... Véalo por sí mismo... una vez más, si no le bastó lo que vio arriba, en el puente...

Ahora, la cabeza de la mujer se irguió abiertamente. La caperuza negra, chorreando agua y suciedad, cayó atrás. Un cabello dorado oscuro, como la miel, emergió libre, empapado, abundante, envolviendo un óvalo femenino,

un rostro...

El doctor Austin Brodman lanzó un alarido desgarrado, terrible, lleno de espanto e incredulidad.

Sus ojos fijos, desorbitados, no se podían separar del rostro de aquella mujer desconocida a quien acababa de salvar la vida.

Entonces supo que no hubo dos personas en Lambeth Bridge, sino solamente una.

Una. La del rostro espantoso, abominable.

Y esa persona era la mujer. Esta mujer. La persona a quien salvó de morir.

Entre los hermosos cabellos rubios oscuros, asomaron sus escalofriantes ojos sin párpados, pestañas ni nada que no fuese el cerco sangrante en derredor de sus terribles órbitas dilatadas y horribles. Con aquella piel tirante como seda translúcida, dejando marcar los huesos de su calavera. Con aquellos dientes sin labios, en eterna mueca grotesca y espantosa, igual que la sonrisa misma de la Parca. Y con aquella alucinante, estremecedora cara de pesadilla, digna del más incalificable y siniestro horror imaginado por una mente humana...

CAPITULO II

El antifaz era negro con ribetes de lentejuelas rojas. Grande, cubriendo hasta el labio superior su terciopelo. Y desde allí, un tul adherido, rojo como los ribetes, tapaba también piadosamente los inexistentes labios y el mentón suave del espantoso rostro de mujer.

—Así está mejor, ¿verdad? —sonó la voz tristemente.

El carruaje de alquiler rodaba lentamente por el borde del río, hacia la vivienda del doctor Brodman. Atrás quedaba el puente de Lambeth y la margen occidental del Támesis. Y con todo ello, un recuerdo obsesivo, de pesadilla. Que, sin embargo, ni siquiera era recuerdo, puesto que el motivo fundamental del mismo estaba ahora allí mismo, a su lado, en el asiento confortable del calesín de alquiler que les llevaba por Lambeth Road.

—Sí, bastante mejor —admitió sombríamente el joven médico, moviendo la cabeza con un asentimiento vago, evasivo.

No añadió más. En realidad, su mente era una pura confusión de ideas encontradas y de indecisiones agobiantes. A su lado, la dama desconocida, con el velo piadoso del antifaz negro y rojo sobre su increíble rostro de fealdad, apenas vislumbrado tras el salvamento en las aguas del río.

El antifaz había aparecido providencialmente después. Junto al pretil del puente, donde la suicida lo abandonara al arrojarse a las negras aguas, en busca de una muerte piadosa y definitiva, como son todas las muertes.

Ella había parecido muy aliviada cuando logró dar con él gracias a sus indicaciones. Después, había aparecido el policeman de ronda, con su peculiar corpulencia, su bigote rojizo y sus ojos azules bajo el negro casco del uniforme, deambulando por el puente.

Había hecho unas preguntas pero resultaron casi rutinarias. El doctor Brodman se había limitado a decir que venían de una fiesta ambos, y su compañera había caído al río por culpa de unas copas de más, teniendo que salvarla él sin más consecuencias. Tuvo que dar su nombre y dirección, pero eso fue todo. El policía les dejó ir en paz, tras corroborar ella —enmascarada con su antifaz rojinegro—, todo lo que él dijera antes.

Ahora, su misteriosa compañera parecía meditar profundamente sobre todo ello, en un silencio profundo y reflexivo. Los ojos, tras los agujeros almendrados del antifaz, ya no parecían ni remotamente pertenecer a un rostro tan horrendo. Pero Brodman no podía olvidar lo que había visto inicialmente. Sabía que, pese a su aparente belleza física, estaba viajando a través de la noche londinense, fría, brumosa e inclemente, con un auténtico monstruo a su lado.

Pero personalmente conocía bien cuál era la diferencia entre lo físico y lo moral, entre la envoltura y el fondo de las cosas y de las personas, porque su trabajo, después de todo, dependía mucho de todo ello.

—Sigo preguntándome lo mismo —habló Austin Brodman tras una larga

pausa.
—¿El qué?
—¿Por qué lo hizo?
—¿Yo? ¿Intentar matarme?
—Sí, por supuesto.
Ella respiró hondo. El carruaje rodaba ahora sobre un suelo empedrado, a buena marcha. De vez en cuando, se oía la voz del cochero, azuzando a los caballos, que parecían inquietos por alguna razón.
—¿Y aún lo pregunta? —musitó apagadamente.
—Por eso mismo lo pregunto. ¿Es el único motivo?"
—¿Le parece poco?
—Hay cosas peores.
—¿Por ejemplo? —indagó ella, inquisitiva, clavando en él sus helados y tristes ojos azules.
—Enfermedades incurables, mutilaciones... Cosas así. Eso no tiene remedio. Jamás.
—¿Y lo mío? —dudó ella—. ¿Lo tiene?
—Puede tenerlo —Brodman se encogió de hombros—. Soy médico. Cirujano. Sé lo que digo.
—Entonces, dígamelo a mí de modo que yo lo entienda.
—No es fácil. No hay nada definitivo en ese sentido. Aún no. Estoy seguro de que alguna vez la ciencia médica podrá resolver problemas así. Deformidades tremendas tendrán fácil remedio quirúrgico.
—Está hablando de fantasías. De un futuro quizá remoto —suspiró la voz femenina tras el antifaz, agitando el tul inferior con su aliento—. Yo quiero realidades. Cosas actuales. Del presente. Pero eso no existe para mí. Por ello intenté matarme. Debió dejarme terminar con esta vida sin sentido. Si no fuera por el antifaz, ahora mismo escaparía usted de mi lado como alma que lleva el diablo.
—Lo dudo mucho. Ya le dije que soy médico-cirujano. Mi especialidad afecta a cosas como... como su rostro.
—¿De veras? —dudó ella, clavando sus ojos en él.
—Sí. Soy cirujano de una especialidad relativamente nueva en nuestra época: cirugía plástica. Estamos empezando, ésa es la verdad. Pero se adelanta con rapidez.
—¿Cirugía plástica? —Repitió la dama—. ¿Qué significa eso?
—Reparación de tejidos. Deformidades y defectos físicos faciales. Se remedian con injertos de piel o tratamientos de renovación de la piel y todo eso.
—No creo en ello. Son simples teorías.
—No siempre. Hace poco tiempo resolví el problema de una nariz demasiado grande. Y también unas cicatrices en una mejilla... No quedó ni huella de todo ello.
—Si logró eso, es realmente bueno en su especialidad —los azules ojos

femeninos le estudiaron inquisitivamente, con una gran cantidad de escepticismo—. Pero eso es todo. Tendría que ser un genio para cambiar mi rostro en algo simplemente presentable, que no causara horror al verlo.

—No soy un genio... todavía —sonrió Austin Brodman, moviendo la cabeza—. Pero aspiro a serlo alguna vez. No me conformo con e1 presente ni con los éxitos logrados.

—Alguna vez... Eso es muy ambiguo. Y tampoco tiene siquiera la seguridad de llegar a conseguirlo. Ni está convencido de que sea el genio que pretende ser.

—No, claro —admitió Brodman de mala gana torciendo el gesto y encogiéndose en su asiento con cierta contrariedad—. Conozco las limitaciones de mi tiempo, el alcance real de nuestros recursos médicos. Y aun así, tengo esperanzas. Muchas esperanzas.

—¿Esperanzas de qué? —casi se mofó ella.

—De todo. De conseguir lo imposible. Precisamente experimento ahora un nuevo procedimiento renovador. Algo que podría revolucionar la Medicina actual.

—He oído cosas así muchas veces en otros sentidos. Los investigadores siempre creen que van a revolucionar el mundo. Y luego todo queda en nada.

—No es usted muy optimista y alentadora, señorita.

—¿Cree que puedo serlo con el rostro que usted ha visto debajo de este antifaz que ahora me cubre?

—Perdone. No quise molestarla. Pero le he pedido que venga a mi casa precisamente por eso. Porque quiero mostrarle algo...

—Ya imagino que no, se trata de una conquista —rió ella amargamente, moviendo su rubia cabeza, bajo la caperuza negra, casi seca ya—. Es la ventaja de tener una cara como la mía. Nadie pretende un romance fácil conmigo.

—Es usted cruel a veces. Incluso consigo misma.

—¿Puedo ser de otro modo?

—¿Por qué no? Es joven, tiene una bella figura, sin duda fue bonita alguna vez...

—Alguna vez... —suspiró ella, repitiendo con tristeza patética esas palabras—. ¿Y de qué me sirve eso ahora? No me ayuda gran cosa a sobrellevar esto. Precisamente el saber que fui hermosa... me hace sentir todavía más desesperada, más llena de amargura y de angustia por mi propio destino...

Hubo un silencio. Por unos momentos, sólo se oyó el rodar del carruaje de alquiler que, providencialmente, había hallado el doctor Brodman al abandonar el puente de Lambeth tras el rescate de la suicida. Luego, tras aquella pausa, él preguntó con voz débil, insegura:

—¿Cómo..., cómo ocurrió?

La dama del antifaz no respondió en seguida. Brodman notó que sus manos marfileñas se crispaban sobre su oscura falda, con algo parecido a la

convulsión. Cuando su voz sonó, lo hizo con un tono ácido y cargado de emociones indefinibles:

—Tiene gracia... —dijo ella al fin, con un tono casi sarcástico—. Si mi esposo me hubiera hecho esa pregunta, resultaría casi de melodrama. Pronunciada por un médico desconocido, es sólo eso: una pregunta curiosa, un interés obvio por saber qué pasó para que una mujer joven y hermosa fuese mutilada de tal modo en su rostro...

—De modo que está casada...

—Sí. Lo estoy.

—Y su esposo no es quien la desfiguró.

—No, no fue él.

—¿Fue una mujer... o un hombre?

—¿Usted qué cree?

—Apostaría por una mujer. Pudo ser ácido. Es una sustancia empleada como arma por las mujeres, especialmente...

—Su intuición es errónea esta vez. Fue obra de un hombre.

—¿Celoso?

—Más que eso —rió sordamente, con acritud, bajando los ojos—. Ferozmente celoso. Capaz de odiar y amar con la misma fuerza. Es un monstruo. Un canalla sin conciencia.

—¿Amigo suyo?

—Amante —soltó una dura carcajada—. No trate de ser suave, doctor. No viene al caso. Llamemos a las cosas por su nombre. Una persona como yo no duda en afrontar los hechos crudamente, tal como son. Es mi amante. Lo ha sido, al menos. El me destrozó la cara.

—¿Usó vitriolo?

—No sé lo que usó. Es algo que utilizan en las editoriales para los rodillos grabados y cosas así. Me echó encima una bandeja llena de ácido. Providencialmente, cubrí mi rostro con los brazos. Sólo pude salvar los ojos. Mis brazos están horriblemente corroídos a la altura de los codos. Pero al menos no estoy ciega. Aunque me pregunto para qué me vale eso ahora...

El silencio era pesado, casi insufrible. El doctor no hubiera sabido qué decir, si el cochero no hubiera dicho en ese momento, frenando el carruaje:

—Hemos llegado, señor. Estamos ante el número 32 de Lambeth Road. Es el sitio que me dijo, ¿verdad?

—Sí, sí, gracias —se apresuró a asentir él, buscando dinero en el bolsillo de su chaleco, al tiempo que abría la portezuela, ayudando a bajar a la dama del antifaz—. Por favor, baje. Hemos llegado a mi casa, señora.

—Me pregunto para qué —la oyó susurrar a ella entre dientes.

Hizo que no oía nada. Descendieron al pavimento mojado, donde brillaban los reflejos de las luces de gas de la carretera de Lambeth, al otro lado del río. Alrededor de ellos, los árboles se agitaban con la brisa helada y húmeda. La noche era lóbrega y brumosa en torno. Ellos dos parecían los únicos habitantes en Londres en aquellos momentos. Ni siquiera la vieja y señorial

mansión de los Brodman mostraba la menor señal de vida en su vetusta fachada de piedra gris sucia. Ni una ventana iluminada, ni un postigo entreabierto. Como si tampoco allí hubiera nadie.

El cochero se alejó tras recibir el importe y la propina generosa de su nocturno cliente. Ambos se quedaron solos ante la casa vieja. El viento jugueteó con las capas de él y de ella, pesadas aún por el agua del río que las empapaba.

—No parece un lugar demasiado tranquilizador —comentó ella, mirando en torno desconfiada.

—No le impresione eso —sonrió Brodman—. Es mi casa. No tiene nada que temer.

—¿Cree que puedo temer ya algo en la vida? —replicó ella, sarcástica.

Brodman no respondió. Fue hasta la puerta e introdujo el llavín en la cerradura. Dio dos vueltas, y franqueó la entrada. La hoja de pesada madera chirrió levemente, pese a que los goznes parecían bien engrasados. Un oscuro rectángulo les recibió, hasta que el propio médico encendió los mecheros de gas con pantalla rosada, dando al amplio hall Victoriano un aire casi acogedor.

—Adelante —invitó, cortés, con una reverencia—. ¿Se atreve?

—¿Por qué no? —Ella se encogió de hombros, desdeñosa—. Sólo puedo morir. Y ya lo intenté. Usted no me habría salvado para traerme aquí y hacerme daño. Pero aunque fuese así, no me importaría demasiado.

Entró sin vacilar. Austin Brodman lo hizo tras ella. Cerró la hoja de madera y pasó el pestillo. Respiró hondo, evitando mirar aquellos ojos azules, tras el antifaz negro y rojo que ocultaba el horror de su rostro.

—Usted no es valiente —dijo con sequedad—. Es sólo una suicida, señora.

—¿Le sorprende? La vida no vale nada ahora para mí. Y menos teniendo que volver a ver a mi esposo...

Brodman tragó saliva, tomando la capa de la mujer y colgándola, junto a la suya y su sombrero en un perchero. Puso el bastón en un paragüero, antes de objetar:

—¿Aún no ha vuelto a su lado? Esas deformaciones faciales no son de ahora...

—No, no lo son. Estuve una semana en el hospital. Y dos días deambulando por ahí de un sitio a otro, sin saber qué hacer...

—¿Y su esposo? ¿No ha denunciado el hecho a la policía?

—El no está en Londres ahora. Pero regresa mañana mismo. Estuvo en Francia todo este tiempo. El barco llega mañana. Ya no puedo seguir así. Por eso elegí el mejor camino, en el puente de Lambeth...

—Entiendo —Brodman inclinó la cabeza, sombrío—. ¿El es... socialmente importante?

—¿Si lo es? —una risa ácida brotó de los ocultos labios femeninos que ni siquiera eran ya eso—. Su nombre es sir Cyrus Atwill.

—Sir Cyrus Atwill... —repitió Brodman con un silbido entre dientes,

vaciando antes de depositar sus guantes en el mueble del vestíbulo—. Cielos, claro que sé quién es... Un joven y prestigioso político. Un notable londinense. Social y económicamente privilegiado...

—Yo soy su mujer. Lady Ilonka Atwill. Nacida solamente Ilonka Zoltan.

—¿Extranjera de origen?

—De nacimiento. Húngara.

—Entiendo. Todo ocurrió estando fuera...

—No todo —rectificó suavemente—. Todo empezó antes de ausentarse Cyrus. Pero siguió después. Y entonces ocurrió lo del vitriolo...

—Ya veo. Una terrible situación para usted...

—No me preocupa la situación ni el enfrentamiento con Cyrus. Eso está arruinado definitivamente. Totalmente. Ahora es otra cosa, doctor.

—Sí, ya sé. Su rostro...

—Mi rostro, sí. Eso no tiene remedio. Ni Cyrus ni nadie se aproximarán más a mí. Ha terminado mi vida como mujer. Sólo puedo esperar sobrevivir oculta en una habitación oscura, sin verme yo misma, sin un espejo, sin un amigo...

—No diga eso. Tal vez el destino la puso en mi camino, señora Atwill. Yo puedo ser la solución que buscaba.

—¿Usted? —Ella rió, desdeñosa—. Vamos, vamos, doctor, no sueñe. Nadie ha conseguido nunca operar una cara como la mía y arreglar algo. Ni siquiera podría dejarme medio presentable.

—Mi intención va mucho más allá —musitó él, paseando por el vestíbulo —. ¿Sabe una cosa? Mis mejores amigos murieron tras un incendio en su hogar. No les mató el fuego, pero les dejó terriblemente desfigurados. Yo les vi tras el siniestro y sentí el horror de su aspecto, de mi propia impotencia para evitar nada ni repararlo. Por entonces yo tenía sólo dieciocho años. Luego, aquellos buenos amigos decidieron terminar con sus vidas, como usted hizo hoy. Se les encontró muy juntos, apretadas sus manos como en un último momento tierno y patético, con el frasco de veneno vacío a su lado... Fue terrible para mí. Y me juré a mí mismo hacer algo por evitar que otras personas sufrieran lo mismo que ellos. Dediqué mi vida toda a la cirugía plástica, a la medicina reparadora...

—Inútilmente, doctor. Ya ve que todo sigue igual.

—Quizá tenga usted razón. O quizá no. Estoy experimentando sin cesar. He llegado a considerar que la cirugía no basta sino para reparar algunas de las posibles deformidades surgidas. Para otras, sería preciso renovar, regenerar totalmente esa piel destruida por el fuego, el vitriolo o lo que sea...

—Teorías, doctor. Simples teorías. El mundo vive de ellas desde hace siglos. Pero no todas se han hecho realidad concreta. En realidad, casi ninguna.

—Yo sé que llegará un día en que todos los sueños del hombre sean realidad. Por el momento, me atengo a mi propia obsesión, a mi sueño de toda una vida. Y creo estar a punto de lograrlo... Si no lo he logrado ya.

Las azules pupilas se clavaron en él con repentina sorpresa y casi con la sombra vaga de una remota esperanza. Algo luchó en ella por impedir ilusiones que luego podían ser infinitamente más dolorosas.

—No... No puedo creerlo —musitó—. No me engañe, doctor. Sería tan cruel...

—No le digo nada. Venga conmigo. Suba a mi laboratorio —pidió él, excitado de pronto—. Por favor, señora Atwill...

—No, no. Llámeme Ilonka. Solamente eso: Ilonka. Y si eso fuese cierto... no sólo sería su amiga eterna, sino más, mucho más. Lo que usted quisiera. Todo lo que usted deseara de mí sería suyo, doctor...

Brodman se estremeció. No pudo evitar una mirada fugaz al blanco y alabastrino escote que dejaba al descubierto el oscuro tejido del atavío de ella, a las formas duras y enhiestas de sus pechos, a la brevedad de su cintura y la redondez de sus caderas.

Se estremeció instintivamente, recordando el rostro espantoso. Si no fuera por eso, sería tan deseable aquella mujer, desesperada ahora, con su evidente carga de sensualidad, de carnales apetitos, de deseos inconfesados...

—Vamos —rogó roncamente—. Subamos, Ilonka. Tal vez el milagro... sea posible.

La tomó de una mano, impulsivo. Trató de olvidar el rostro tremendo que cubría aquel antifaz negro, orlado de rojo. Y tiró de ella, escaleras arriba, en dirección a su laboratorio.

De repente, el posible milagro, el prodigio científico siempre soñado por Austin Brodman, cobraba una dimensión nueva e insospechada. Al fin tenía la ocasión, tal vez única, de intentar lo imposible, lo inaudito.

Y a cambio de ello, una mujer joven, quizá hermosa, físicamente apetecible, podía ser suya. Su cuerpo todo temblaba con la posibilidad remota de que, devuelta la belleza a aquel rostro monstruoso, pudiera sentir junto a su cuerpo la desnudez turgente y mórbida de una hembra que no dudaría en pagar cualquier precio por aquello que, hoy por hoy, era una pura quimera inalcanzable para ella.

CAPITULO III

Las azules pupilas se clavaron en el recipiente recién destapado por su anfitrión. El tul aleteó al hablar ella, con boca descarnada, que por fortuna el antifaz cubría piadosamente.

—¿Es... es esto? —Y había razonables dudas en su tono escéptico.

—Sí —afirmó Brodman, estremecido por la emoción—. Esto es.

—Parece... parece sangre —jadeó Ilonka Atwill con voz sorda.

—En parte, lo es —asintió el joven médico—. Sangre y tejidos humanos tratados adecuadamente, y plastificados mediante un proceso químico complicado. Su densidad es como goma. Se puede extender a pinceladas sobre un rostro o un punto cualquiera del cuerpo. Luego se va secando y solidificando. Pierde su color original y se torna del color de la carne. Adquiere la textura y elasticidad de la piel y la carne original. Y cubre toda imperfección física.

—No puedo creerlo —contempló, fascinada, el frasco de rojo contenido, donde la luz de gas del laboratorio se reflejaba con destellos carmesí, como si fueran oscuros rubíes líquidos los que flotaran dentro del grueso vidrio—. Eso es simple teoría. Una fantasía de investigador. No puede convencerme de que haya logrado algo así. Sería demasiado..., demasiado fantástico, demasiado grande.

—De acuerdo, de acuerdo —hizo un amplio ademán con sus brazos, casi exasperado. Su rostro sudaba copiosamente, y la luz lívida reflejaba las gotas de transpiración sobre su piel tensa y pálida—. Es sólo una teoría. Hice ensayos. Resultaron con conejillos de Indias. No siempre, pero resultaron a veces. Regeneraban sus tejidos. Ahora lo ensayo con sangre y extracto de vísceras humanas, mediante igual tratamiento. No he experimentado todavía con nadie. Pensaba..., pensaba producirme una cicatriz fea, causarme un daño yo mismo... para experimentar por vez primera, Ilonka.

—¿Usted mismo? —se asombró ella. Impulsivamente, le tomó por el brazo, con mano crispada. Respiraba anhelante. Brodman no quería mirar demasiado bajo el tul de la parte inferior del antifaz, para no descubrir la terrible verdad de aquel rostro femenino que un día fue hermoso y, tal vez, pícaro y procaz—. ¿Tanta confianza tiene en... en eso?

—Total —afirmó lentamente Brodman—. Mi enfermera y ayudante, la señorita Parrish, se quedó esta noche embotellando el producto final, mientras yo iba a esa reunión. De no ser por ello, ya lo hubiese probado.

—¿Enfermera? —Miró instintivamente en torno, como un animal acosado, y un gesto instintivo de su mano, pretendió en vano ocultar un rostro que ya estaba oculto por el paño negro de su máscara—. ¿Hay una en su casa, doctor?

—Sí. Nelly Parrish —sonrió Brodman, tranquilizador—. Pero no tema. Ella no tiene costumbres libertinas. Se acuesta siempre antes de las once. Ya

debe dormir profundamente, en la otra ala del edificio. Esta casa es muy amplia. Nada se oye ni se siente de aquí a allí y viceversa. Pero dejó envasado el producto. Es señal de que terminó el proceso. Le dije que cuando adquiriese determinada consistencia y densidad, lo embotellara.

—Dios mío... —temblorosa, la mano de Ilonka rozó el frasco del líquido escarlata, sin atreverse siquiera a alzarlo de la mesa de mármol repleta de alambiques, retortas y tubos de ensayo junto a un hornillo apagado—. Pensar que podría resultar...

—Por qué no? —Musitó Austin Brodman, con voz también incierta y estremecida—. ¿Por qué no, Ilonka?

—¿Cómo... cómo saberlo?

—Sólo existe un medio —Brodman se humedeció los labios, vacilante—. Sólo uno...

—Cielos... —elevó los azules ojos hasta él, contemplándole con una rara rigidez en su esbelto cuerpo—. ¿Y si no resultase?

—Nada se habría perdido —suspiró él—. Todo seguiría como hasta ahora. Pero ¿y si resultara, realmente?

Un silencio espeso reinó en el laboratorio. Las luces de gas, tras las pantallas de vidrio esmerilado, nimbaron de color oro los cabellos de la joven. Su mano se retiró lentamente del frasco de vidrio con el rojo líquido.

—¿Cómo se... se hace? —susurró.

—Es fácil. Basta tenderse en algún sitio —la mano del médico señaló una chaise-longue al fondo del laboratorio—. Ahí mismo. Luego, aplicarte un sedante y esperar a que reposes relajada y medio inconsciente, con tus tejidos en total reposo. Inmediatamente, aplicaré el producto con un pincel, en capas superpuestas, sobre todo tu rostro desfigurado, y él se amoldará a tus propias facciones, si realmente funciona el procedimiento. Luego, al volver en ti... si todo va bien volverás a ser la de antes. Hermosa, de tersa piel, sin defectos ni deformidades...

—¿Y... si todo sale mal?

—Nada se habrá perdido. La materia aplicada se resquebrajará, deteriorándose irremisiblemente, convertida en una simple capa como de cera, que desprenderé de tu rostro sin problemas.

—Doctor Brodman, quisiera tener fe en esto, creer que es posible...

—Trata de creerlo. Ten fe. Quizá ello nos ayude a ambos —rogó él—. Y no me llames nunca más así. Seremos solamente Ilonka y Austin... Amigos para siempre. En bien o en mal.

—Austin, tú..., tú nunca podrías... —ella vaciló. Luego aferró sus brazos y le atrajo hacia sí—. Nunca podrías acostarte conmigo, hacerme tuya... sabiendo qué clase de rostro tengo...

—¿Por qué no? —la voz de él trató de mostrarse firme, pero temblaba de modo ostensible, con inseguridades que él no podía controlar.

—¿Tú lo preguntas? —Rió ella desdeñosa—. Ven aquí, conmigo. A esa misma chaise-longue que tú me ofreces para aceptar tu experimento... Y

seamos el uno del otro... antes del resultado final, antes de saber si vas a tener esta noche una amante monstruosamente fea y repulsiva... o una mujer joven, hermosa y deseable por todo Londres. ¿Te juegas todo a esa carta, Austin Brodman, puesto que tanta fe tienes en tu trabajo?

Una mezcla de lujuria y de horror asaltó al joven médico. Sabía lo que se jugaba. O poseer a una mujer espantosa y terrible, que nadie desearía jamás hacer suya, que causaría náusea y horror a todos, ligándose a ella con un extraño lazo secreto desde este mismo momento... o disfrutar en el futuro de una hembra maravillosa, rica, joven, brillante, hermosa, codiciada por todos los hombres de la alta sociedad londinense. Y, sin embargo, suya tan sólo. De su exclusiva propiedad, a espaldas de su marido, el muy honorable sir Cyrus Atwill...

La apuesta valía la pena, aunque el precio inicial era demasiado fuerte. Pensar en sentir junto a sí la desnudez de aquella hembra de hermoso cuerpo, cuyo rostro, sin embargo, causaba pavor, no era precisamente alentador para un hombre joven y ardiente.

Pero era como un desafío audaz, como un incisivo reto de la dama del antifaz a su salvador de aquella noche. Y como una prueba contundente de fe y de confianza en su obra de químico y de investigador.

—Está bien —dijo sordamente, irguiéndose con una brusca decisión heroica que casi le sorprendió a él mismo—. Adelante. Estoy dispuesto. Serás mía, Ilonka. Antes de nada, serás mía... Y yo te daré un nuevo rostro, hermoso y perfecto.

Avanzó hacia ella. Ilonka, lentamente, empezó a deslizar su oscuro vestido a lo largo de su cuerpo. Un par de senos turgentes, lechosos y esponjosos, de oscuro pezón, emergieron desafiantes frente a él. Luego, fue un vientre terso, unas caderas de ánfora y un suave triángulo dorado, entre unos bellísimos muslos, lo que le ofreció a Austin Brodman la ofrenda tentadora del deseo y la pasión.

Ella, implacable, se despojó de su antifaz casi brutalmente. Si esperaba que él se horrorizase o retrocediera, se llevó un chasco. Brodman hizo de tripas corazón y trató de imaginar un rostro bellísimo donde no había sino deformidades y rugosidades provocadas por el ácido voraz.

Se precipitó sobre ella. La hizo caer en el sofá, bajo su peso. Ella exhaló un gemido ronco de voluptuosidad y enroscó sus brazos en torno al médico. Los muslos se abrieron, entre jadeos invitadores escapados de la boca sin labios, descarnada como la de una calavera.

Austin Brodman poseyó a la hembra espantosa, tratando de pensar sólo en su tersa carne rosada, en sus formas espléndidas y apetitosas, con olvido de su faz terrible. Oyó chillar de placer a la mujer rescatada del río, cuando la posesión se consumó casi salvajemente. El cuerpo de mujer desnudo se retorcía bajo sus caricias e impactos viriles, y Austin Brodman supo que acababa de jugar su suprema carta de la suerte o del infortunio.

A partir de aquel momento, tendría una amante hermosa y envidiable de

por vida... o estaría ligado irremisiblemente a un monstruo femenino de abominable fealdad.

Esa era la jugada. Ese era el riesgo. Había apostado fuerte, y esperaba ganar, dominando la náusea que le producía besar aquellas encías y aquellos dientes sin labios, o sentir bajo sus caricias el rostro tumefacto y descarnado.

Pero Austin Brodman nunca pudo pensar que una simple carta en un juego tan audaz, pudiese significar tanto en el futuro, para él y para otras personas, en la vorágine de horror que se avecinaba sobre tantos seres del Londres brumoso de aquel otoño de 1893...

* * *

Seldon Rush respiró con fuerza, poniéndose en pie. Miró su reloj de bolsillo, de plata maciza, con la dedicatoria de su buena madre todavía bien legible en la tapa del mismo, cuando se abría.

—Las siete ya... —bostezó, mirando a la grisácea bruma visible aún a través de las estrechas ventanillas de la imprenta donde otros dos hombres de mediana edad trabajaban a marchas forzadas en la composición de galeradas, pese a lo avanzado de la hora. Se desperezó, y meneó la cabeza con desaliento —. El señor Barclay no tiene conciencia de obligarnos a todos a trabajar hasta estas horas, para que su nuevo libro salga esta semana sin falta, y así pisar el terreno a su competidor, Jonathan Stern.

—Pues usted aún tiene suerte, señor Rush —comentó uno de los cajistas amargamente—. Nosotros tenemos trabajo todavía hasta las diez o las once. Luego, a descansar un poco.

Y esta misma tarde, vuelta a la tarea hasta las nueve o las diez de la noche, si todo va bien. El señor Barclay quiere que el libro esté pasado mañana mismo en las librerías.

—Y seguro que se saldrá con la suya —suspiró el joven redactor, tomando su chaqueta del perchero con aire cansado—. El señor Barclay es un negrero. Deberíamos habernos negado a este esfuerzo, pese a pagarnos las horas extraordinarias.

—Nadie puede negarse a lo que exige el señor Barclay, señor Rush — musitó tristemente el cajista, meneando la cabeza—. Este año anda pésimo el negocio editorial en Londres, y podríamos encontrarnos sin trabajo si él cerrase la empresa. Si este libro no da el resultado apetecido, es posible que nos hundamos sin remedio.

—A veces, casi me alegraría de ello, si no fuese porque tanto ustedes como yo necesitamos el salario que nos paga ese tirano —gruñó sordamente el joven Rush, entregando las últimas galeradas a los cajistas—. Tomen, amigos. Creo que si todo va bien, al menos dos o tres centenares de ejemplares pueden estar pasado mañana en las librerías. Y al decir pasado mañana, naturalmente, me refiero al día siguiente al que ya empezó esta noche a las doce. Suficiente para pisar el terreno a Jonathan Stern y su anunciado volumen sobre el mismo

tema. Será jugar sucio, pero estamos habituados a ello desde hace tiempo en esta casa, ¿no es cierto, amigos?

—Hay que hacer lo que ordenen —se resignó el otro cajista—. Y que dure. Marley, el impresor, empezará esta misma mañana a imprimir los primeros cuadernillos. Pero el señor Barclay nos ha prometido a todos un buen premio si sale el libro a la hora calculada.

—Hum, ese «buen premio» se quedará quizá en dos o tres libras como máximo —refunfuñó Seldon Rush, camino de la salida—. Ya saben que la generosidad no se cuenta precisamente entre las virtudes de nuestro patrón, por bien que le vayan las cosas...

Volvió a bostezar, tomó su paraguas y su sombrero, que encajó sobre sus ondulados cabellos oscuros, y su alta, ágil y esbelta figura juvenil subió presurosa los seis escalones que separaban aquel cubículo donde el olor a plomo, a tinta de imprenta y a papel se mezclaba con el aroma a viejo y ruinoso del vetusto edificio del editor Peter Barclay, uno de los más conocidos editores de Londres. Más por la fama de su difunto padre que por los aciertos de su crápula y desagradable hijo, actual dueño de la firma.

Salió a la calle neblinosa, cerró la puerta y dejó definitivamente atrás el sotabanco donde preparaban las ediciones de Barclay. Pese a que la mañana otoñal era fría, lóbrega y oscura, con una niebla espesa como puré, respiró con alivio el aire callejero, mientras los primeros carruajes lecheros y de transporte de mercancías iban rompiendo el silencio matinal bajo la macilenta claridad de las farolas de gas.

Incluso aquel aire espeso y viciado, lleno de humedad y malos olores, era infinitamente preferible al que se respiraba en las dependencias de la vieja y triste empresa editorial de Peter Barclay.

Seldon Rush era un hombre demasiado joven y ambicioso para encerrarse como simple corrector de pruebas y de estilo en una oscura y vetusta empresa editorial londinense como la de Peter Barclay, especializada en libros científicos y, a veces, como en esta ocasión, en obras de actualidad destinadas a competir con otros famosos y más modernizados editores, como Stern, la Weaber Publishing o la Owl Books de Street. Pero Barclay no tenía nada que hacer frente a tales competidores. Su esfuerzo actual por editar algo que pisara el terreno a su competidor Stern, era baldío. Nunca el volumen de Barclay podría vencer al que editase Jonathan Stern con mucho más cuidado y honestidad profesional. Pero era una orden de Barclay, y había que obedecerla.

El trabajo no abundaba en Londres en estos días. Una de las grandes rémoras de la era victoriana consistía precisamente en la crisis laboral, cada vez más agudizada. Seldon no hubiera podido despedirse de la sórdida editorial aunque quisiera. Era su medio de trabajo y su único ingreso. Si quería llegar a casarse con su prometida y vivir de modo decente, tendría que hacer cuanto dijera su patrón, Peter Barclay. Lo sabía y lo aceptaba, aunque le disgustase profundamente. Nunca le había gustado Barclay. Era un tipo

áspero, soez e intransigente, un hombre donde el despotismo se mezclaba con la ira fácil y la brutalidad patronal. Todo lo más opuesto al patrono ideal que sueña cualquier trabajador honesto como Seldon Rush.

Alguien le había dicho un día:

—Deja a Barclay y ofrece tus servicios a Stern o a Weaber. Seguro que entras en sus empresas editoriales ganando más dinero y consideración que con ese maldito usurero libertino y desagradable.

Pero no se había atrevido. Se jugaba demasiado en el envite. Sabía que Barclay tenía amigos y espías por doquier.

Un contacto imprudente con otro editor, podía significar el final de su vida laboral. Y de muchas cosas más.

Su idea era casarse con Nelly el mes siguiente. Perder el empleo significaría el fin de todos esos sueños y proyectos. No quería aventurarse. Por Nelly, sobre todo. No le gustaba su trabajo de enfermera y ayudante de laboratorio, pese a trabajar con un hombre tan prestigioso como el doctor Brodman. Ni siquiera le gustaba Brodman. Le había visto una o dos veces al recoger a Nelly en uno de sus días libres. El médico era joven, arrogante y aristocrático incluso. Tenía prestigio y honorabilidad en todo Londres. Sin embargo, había algo en él que no le gustó nunca a Seldon. Tal vez fuese su propia egolatría como cirujano y especialista. Se decía que era el mejor en reparar defectos físicos. Que investigaba algo tan ambiguo y difícil como la regeneración de tejidos dañados o enfermos. Casi cosa de magia para su tiempo. Y aun así, tampoco era eso concretamente lo que disgustaba a Seldon.

El, como hombre joven y dado a la lectura, se sentía sensibilizado para comprender las inquietudes de los que no se resignaban a la rutina. Sin ellos, el mundo seguiría en la

Prehistoria, y la rueda ni siquiera se hubiese inventado. Pero eso era diferente. Creía intuir algo oscuro y casi siniestro en el doctor Brodman. Se decía que llegaba a ser un obseso de su teoría de regenerar tejidos humanos destrozados definitivamente. Como un nuevo Prometeo o un dios redivivo para devolver al ser humano lo que ya no podría recuperar.

Nelly misma le había confesado un día, sobrecogida:

—Ayer consiguió algo... Un producto basado en un tratamiento químico de la sangre animal y las vísceras trituradas de determinados cobayas. Aplicado como un barniz a las llagas, heridas y deformaciones de otro cobaya encerrado con otros roedores feroces que lo desfiguraron, logró devolverle la tersura y perfección física inicial. Cierto que las heridas del cobaya era tan graves que murió horas después, y su fealdad inicial se mostró luego bajo las grietas del barniz bioquímico. Pero luego, con otro cobaya menos dañado, todo resultó bien. Ahora pasea por su jaula, feliz, sin que los daños físicos que desfiguraban horriblemente su aspecto hayan vuelto a mostrarse jamás... No sé, Seldon. Es maravilloso, increíble y magnífico, pero... me da miedo. Siento mucho miedo.

—¿Por qué? —había preguntado Seldon, sorprendido—. Es un gran

hallazgo científico, después de todo, querida.

—Sí, pero ahora piensa experimentar con... con seres humanos. Y eso es lo que me hace sentir miedo. Auténtico miedo...

Seldon Rush pensó en todo ello mientras paseaba por la madrugada londinense, cercano ya el amanecer más allá de las sucias brumas ribereñas, con olor a agua sucia y ruidos a sirenas y trepidar de remolcadores a lo largo del Támesis.

No le gustaba que Nelly trabajara en todo eso con el doctor Brodman. Seldon pensaba que había cosas aún ocultas al hombre. Cosas peligrosas de manejar. Misterios científicos que eran casi enigmas teológicos.

Un científico podía llegar a la cumbre de lo más sublime. Y, al mismo tiempo, caer en el sórdido abismo de lo más abyecto, aun sin desearlo. Los hombres todavía eran hombres, y no dioses. A veces, buscar un nuevo Génesis, podía convertirse en un definitivo Apocalipsis. Porque el Hombre no era Dios. Ni lo sería nunca.

—Buenos días, señor.

Casi se sobresaltó. Se quedó mirando al hombre que le saludaba con voz perezosa y amable a la vez. En principio no le había reconocido. Luego, el uniforme oscuro y el casco, le devolvieron a la realidad. El bigote rojizo y los ojos azules completaron la imagen familiar en la niebla.

—Oh, agente, buenos días —respondió Seldon afablemente—. No le había reconocido al principio... ¿Todo bien en su ronda habitual?

—Sí, todo bien —suspiró el policeman con acento risueño—. Lo de siempre, ya sabe. Una noche fría y desagradable. Niebla, humedad... Borrachos, peleas, algún merodeador que otro... E incluso un suicida, estoy seguro.

—¿Un suicida? —se sorprendió Seldon, enarcando las cejas.

—Bueno, dijeron que no, pero yo tengo olfato para esas cosas. Dijeron que era sólo un accidente. Una mujer, ¿sabe? Una dama de categoría, sin duda. Llevaba antifaz y capa dominó con caperuza. El doctor Brodman pretendió arreglar las cosas, pero aunque fingí convencerme, supe que había salvado a una suicida, sin duda alguna.

—¿El doctor Brodman? —se sobresaltó vivamente Seldon Rush, clavando su mirada asombrada en el policía.

—Sí, un vecino distinguido de esta zona, señor Rush. Un médico cirujano de los que no quieren tener su consulta en Harley Street. Allá él con sus ideas. Tiene la mejor clientela de Londres, según creo. Una especialidad rara. Cirugía reparadora... creo que la llaman «estética»...

—Sí, eso es. Le conozco —Seldon meditó, paseando junto al amable y familiar policía de servicio en la zona suya habitual—. Es curioso...

—¿El qué?

—No, nada —se encogió de hombros—. Era sólo un comentario, una simple idea... No me haga caso, agente. ¿Cómo intentó matarse esa mujer?

—En el río. Creo que él la sacó de allí a la desesperada, pero como lo

negó... ¿Qué puedo yo hacer en tal caso? Sólo crear más problemas...

—¿Ella era hermosa?

—No lo sé. Ya le digo que llevaba antifaz. Uno de esos grandes, de terciopelo, con ribetes de lentejuelas. Negro y rojo. Y la caperuza, además. No vi nada de su cara. A esas horas de la madrugada ocurren cosas tan extrañas siempre, señor Rush... Si usted supiera, podría editar un libro con mis experiencias...

—Sí, claro, claro.

¿Por qué la gente siempre creía que se podía escribir un libro con sus vivencias?, se preguntó a sí mismo Seldon, tratando de evadir el tema con una breve despedida, antes de sumergirse en la espesa niebla, camino de su casa, no lejana al viejo edificio de la editorial.

El policía quedó atrás, despidiéndose cortésmente de él, y Seldon se encaminó a su alojamiento, un modesto piso de John Islip Street, a sólo seis manzanas del viejo edificio editorial de Page Street, donde el sórdido imperio de Peter Barclay tenía su sede.

Gracias a aquella proximidad con el viejo edificio de la consulta del doctor Brodman, Seldon Rush había llegado a entablar relación con Nelly Parrish, la enfermera y ayudante del cirujano, iniciándose allí una amistad que, indefectiblemente, terminó en noviazgo. Un noviazgo que, sólo unos días más tarde, terminaría en boda.

Boda que, por cierto, incluso el propio doctor Brodman desconocía. Nelly había dado a Seldon sus razones para ello días antes:

—Me da reparo dejar al doctor en estos días. Está metido en una gran tarea. Tal vez consiga al final lo que se propone. Confía en mí para ayudarle a ello. Dice que es, quizá, cosa de días. Si es así, me despediré de él cuando lo haya logrado. Si no... le diré adiós sólo dos o tres días antes de la boda, exponiéndole los motivos, estén como estén sus investigaciones. Sé que lo comprenderá, aunque le duela perder a una ayudante tan fiel y eficaz. Ten calma, querido. Yo sabré cuándo debo despedirme del doctor Brodman. El, pese a sus extrañas ideas sobre la Ciencia y la Biología, es todo un caballero. No me retendrá contra mi voluntad, estoy bien segura de ello...

Le había aceptado el argumento. Nelly, después de todo, era una muchacha muy independiente. Algo que en esta época no era habitual. Sin prejuicios ni inhibiciones puramente victorianas, se sentía por encima de toda mujer y persona útil a su sociedad.

Esa clase de muchachas no abundaba entonces. Las mujeres eran simple objeto de su ámbito social. Las de mayor altura social, se dedicaban a la horganza, las labores hogareñas y la busca de novio cuando eran solteras, para volver al hogar y ejercer labores de hogar una vez casadas. Las inferiores eran doncellas, criadas y sirvientas de toda laya. Nada más. No existía la mujer capaz de romper las normas sin escandalizar a su círculo social, abordando trabajos decisivos y trascendentales. Sólo unas pocas jóvenes de ideas más amplias se rebelaban contra esas normas establecidas por una sociedad rígida

e intolerante. Nelly Parrish era una de ellas.

Pero olvidó momentáneamente a Nelly. ¿Qué significaba una suicida en la vida del doctor Brodman? ¿Quién era la misteriosa dama del antifaz rojinegro, extraída del río por el famoso cirujano?

Sin saber la razón, Seldon Rush se sintió repentinamente preocupado por todo ello. Una vaga idea de incertidumbre y temor le asaltó, sin motivo aparente.

Y resolvió ir a casa del doctor Brodman antes, incluso, de que su cansado cuerpo pudiera buscar el ansiado reposo en su modesta vivienda de este lado del río.

Dio marcha atrás. Ya no encontró al policeman familiar, de mostacho rojo y ojos celestes. Se adentró entre la niebla, a través de Lambert Bridge, hacia el lado opuesto del río.

Sin causa alguna concreta, tenía miedo de repente.

Miedo por Nelly, su prometida.

CAPITULO IV

La puerta se abrió con un chirrido suave.

El sol intentaba desesperadamente asomar tras los jirones de sucia niebla y el aire húmedo y levemente cálido del amanecer sobre Londres. Las aguas del río, allá a poca distancia, tornaban su tétrico color oscuro y sucio en una especie de fangosa superficie semidorada, rozada por los residuos de bruma como por fantasmales dedos grisáceos, puestos a romperse en el alba como garras de vampiro herido por la luz solar cuando pretendía hundirse en el húmedo féretro de aguas hediondas.

El rostro bellísimo, fascinante, se encaró con la expresión algo dura del joven arrogante y atractivo que la miraba fijamente desde la acera estriada de sol tenue y difuso.

—Buenos días —saludó una dulce voz, bajo el dominó negro y los cabellos color miel, mientras una tierna sonrisa cálida parecía aumentar la carnosidad de los labios rojos y gordezuelos, enmarcando unos dientes blancos, iguales y limpios.

—Buenos días, señorita —saludó, cortés, Seldon Rush, inclinándose ante la increíble, hermosísima aparición dorada, de inmensos ojos azules, rostro terso y bellísimo, facciones de sublime encanto y sonrisa turbadora. Bajo los pliegue del dominó negro podía haber un cuerpo turgente y sensual. Sin duda lo había. Pero el encanto de aquel rostro maravilloso, dulce y sensible, podía eclipsarlo todo, incluso la belleza de unas formas de mujer.

—¿Nos conocemos de algo? —Preguntó ella suavemente, —Me temo que no —sonrió Seldon, algo confuso, mirando a la casona sombría y vetusta del doctor Brodman—. Esperaba aquí a mi prometida...

Era una mentira. Pero sin saber por qué, la había lanzado a la bella desconocida. Ella reveló una expresión entre ambigua y sorprendida en su faz seductora.

—¿Su prometida? —dudó—. Es la casa del doctor Brodman, un cirujano...

—Lo sé, señorita, Pero yo espero a Nelly Parrish, su enfermera. Vamos a casarnos pronto.

—Oh, entiendo... —ella asintió, sonriente—. Nelly Parrish. El doctor Brodman me habló de ella. Es su ayudante,

—¿La conoce?

—No, no he tenido ese placer —se apresuró a responder la dama con su mejor sonrisa—. Pero el doctor Brodman me habló de ella. Bueno, el doctor y yo somos buenos amigos...

—Lo imagino, dado la hora en que sale de su casa... —insinuó Seldon con ironía.

—No es lo que imagina —replicó ella, vivaz, aunque sin mostrarse ofendida por la insinuación—. Soy una paciente suya. Tuve que venir urgentemente a verle.

—No parece tener problemas que el doctor Brodman pueda resolver —observó suavemente Seldon con los ojos muy fijos en el rostro de asombrosa belleza y tersura que se enfrentaba a él—. Creo que él atiende asuntos de estética. Su cara, señorita, es la más hermosa que vi jamás.

—¿De veras? —los azules ojos brillaron excitados. Unas manos largas, marfileñas, acariciaron instintivamente sus mejillas, sus pómulos, como si los dedos aquellos, estilizados y sensibles, recorrieran cada pulgada de piel con una especie de enfermiza complacencia, de profunda adoración, en un acto narcisista exacerbado—. Sí, tal vez tenga razón, mi joven amigo, pero a veces..., a veces temo sufrir alguna deformidad, alguna alteración... y he recurrido al buen doctor Brodman.

—Tonterías —rió Seldon con tono divertido—. Cuando se tiene un rostro como el suyo, señorita..., no hacen falta médicos especialistas en estética, créame...

—Tal vez tenga razón —suspiró ella con dulzura, mirándole intensamente a los ojos—. ¿Cuál es su nombre?

—Rush. Seldon Rush, señorita.

—No soy señorita, Rush. Mi nombre es Ilonka. Ilonka Atwill. Pero puede llamarme sólo Ilonka —inesperadamente, puso su mano, suave y aterciopelada, en la muñeca de Seldon, sin dejar de mirarle—. Soy lady Atwill, esposa de sir Cyrus Atwill. Gracias por cuanto ha dicho. Nunca olvidaré sus palabras. Creo que vale la pena vivir por ellas. Sólo por ellas... Adiós, Rush. Hasta otro día. Nos veremos, estoy segura.

—No sé si nos veremos —sonrió Seldon, ambiguo—. Nelly Parrish y yo vamos a casarnos la próxima semana.

—¿Ella también es bella? ¿Tanto como yo? —musitó la desconocida dama, sin soltar la muñeca de Seldon ni desviar sus ojos de él.

—Es muy bonita, sí —admitió él con un suspiro—. Tal vez no sea tan distinguida. Ni le hace falta. Es.., como es. Como yo deseo que sea.

—Pero hermosa...

—Hermosa, sí. Bonita. Llámelo como quiera, Ilonka. Distinta a usted. Pero muy bella. Y estoy enamorado de ella.

—Es hermoso saber algo así. Le felicito, Rush. Y, sobre todo, felicite a esa chica por su suerte. Es tan maravilloso saberse amada...

—Usted no creo que tenga problemas en ese sentido. Sin duda, no es uno sólo el que la ama, sino muchos otros que nunca podrán alcanzarla...

Las pupilas azules y profundas de la hermosa dama se fijaban en él casi absorbentes cuando su voz tuvo inflexiones enigmáticas al hablarle:

—Si usted supiera, querido amigo... Si supiera sólo una parte... —se encogió de hombros, soltando su brazo—. Pero claro, no lo entendería. Nunca podría entenderlo. Buenos días, Rush, amigo... Buenos días. Y mis felicitaciones por su próxima boda a usted y a Nelly Parrish...

Antes de que Seldon respondiera, ella se había alejado ya, caminando presurosa bajo el sol que pugnaba por romper nubes y niebla en torno al río.

Poco más allá, detuvo un carruaje de alquiler en una esquina, y se perdió con él en la mañana.

Perplejo, pensativo, Seldon Rush caminó hacia la puerta cerrada de la vivienda del doctor Brodman. Se inclinó antes de llegar a ella. Algo se le había perdido a la dama que salió de ella. Era un objeto de terciopelo negro, ribeteado de lentejuelas rojas y con un tul también rojo en su parte inferior, bajo la nariz.

Un antifaz.

Lo tomó en su mano, estaba húmedo aún. Recordó las palabras del policía de servicio. Una suicida. Una mujer con un dominó negro y un antifaz rojo y negro...

¿Qué motivo podía tener una mujer tan hermosa como aquélla para suicidarse? ¿Y para relacionarse de algún modo con un médico especializado en reparar defectos físicos?

Se encogió de hombros. Un carruaje se detuvo ante el edificio de la mansión de los Brodman. Un joven dejó cuatro botellas de leche en la puerta y siguió su camino. La puerta se abrió. Nelly apareció, vestida con su traje oscuro, gris pizarra y su delantal y cofia blancos, a recogerlas.

Entonces vio a Rush en la acera.

—¡Seldon, querido! —Exclamó, radiante, dejando las botellas de leche y lanzándose en brazos de su prometido—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a verme a esta hora?

—Sólo quería verte, querida —musitó Seldon, estrechando contra sí aquel cuerpo esbelto, joven y turgente, que tanto amaba y deseaba—. Sólo verte... antes de retirarme a descansar...

Y se dijo interiormente, mientras sus labios besaban los carnosos y húmedos de la muchacha, que había sido una tontería imaginar cosas absurdas y siniestras en torno a Nelly.

Pero borrosamente, mientras tenía en sus brazos a Nelly, no pudo evitar el recuerdo de otro cuerpo hermoso, de otro rostro bellísimo, increíblemente perfecto, visto poco antes a la claridad dorada del amanecer junto al Támesis.

Y sin saber por qué, sintió un repentino miedo indefinible e instintivo.

Miedo por él, por Nelly... y tal vez por algo o alguien más.

* * *

—Estás más hermosa que nunca, Ilonka mía...

Sir Cyrus Atwill, recién llegado a Londres, abrazó efusiva, apasionadamente, a su joven y bellísima esposa, en cuyo rostro se adivinaba el radiante orgullo de ser así considerada por su marido.

—Tal vez mi hermosura haya aumentado con la noticia de tu regreso —musitó ella dulcemente, atrayéndole hacia sí con ternura—. Ansiaba tanto que llegara este momento, y no sentirme sola ni un momento más...

—¿De veras deseabas mi retorno? —murmuró sir Cyrus emocionado—.

Nunca pude imaginar que realmente sintieras tanto cariño por mí, Ilonka. Últimamente te había visto tan fría y distante...

—Eran mis nervios, no debes preocuparte por eso —rió forzadamente la joven con su más resplandeciente sonrisa iluminando aquel rostro bellísimo, que ahora parecía incluso más terso y delicado que nunca—. Tu ausencia me ha servido para demostrarme a mí misma que mis sentimientos hacia mi esposo son lo más profundos y sinceros del mundo.

Mentía con frío cinismo, pero sir Cyrus no podía darse cuenta de ello. El joven político, financiero y aristócrata, era demasiado ingenuo o la amaba demasiado, para sospechar nada anormal o hipócrita en su actitud. Ilonka estaba bien segura de ello. Podría engañarle con la mayor facilidad, ahora que había vuelto a recuperar su belleza física, como en un cuento de hadas, como en un sueño imposible.

Pero no era un sueño. Podía rozar aquella piel suave y sedosa con sus dedos, comprobar que la magia científica de un cirujano increíble, había devuelto lozanía, hermosura y esplendor a un rostro espantoso, cuya fealdad y desfiguración hubieran sido motivo de horror para cualquiera, de haber continuado así las cosas.

Ahora, con Cyrus de regreso a su lado, Ilonka se sentía ya totalmente segura de sí misma. Estaba dispuesta a serle fiel, al menos por un tiempo, a aquel hombre cuyo apellido llevaba. Y deseaba algo más.

Vengarse.

Vengarse del canalla que había arrojado el vitriolo contra su cara, convirtiéndola por unos alucinantes días en un horror viviente.

El hombre que era su amante. Un cobarde, un celoso violento y cruel. Prefería que fuese una ruina humana a dejar de ser suya. Al principio todo había ido bien. Era fuerte, vigoroso, apasionado. Todo lo que no era su delicado y suave esposo. Por ello le había elegido como amante. Luego llegaron los celos violentos, la ira, la ferocidad casi animal.

Y el odio cuando supo que iba a dejarle para volver con su marido o, cuando menos, para buscar otro amante mejor que él. Más caballeroso, más digno del afecto de una dama, más adecuado a una mujer como ella.

Entonces había ocurrido la tragedia. La pileta con ácido fue a su rostro cuando Ilonka reía, desafiante, ante el hombre colérico y humillado. Tal vez no debió llegar nunca a eso. Pero él no tenía perdón. Era un canalla. Incluso tras mutilar su belleza, la había arrojado de su taller, gritándole, desafiándola, seguro de que no le denunciaría para no arruinarlo todo definitivamente. Y ahora se creía en la impunidad...

Menos mal que había recobrado su belleza, su encanto, su atractivo de mujer joven y seductora. De otro modo, su revancha sería implacable, feroz, sangrienta. Era mujer muy capaz de odiar. Tanto o más que de amar. Su belleza, su juventud, debían estar por encima de todo.

Aun así, deseaba vengarse. Porque de no ser por la milagrosa, providencial aparición del doctor Brodman en su vida, ¿qué hubiera sido de ella? ¿Cuál su

espantoso destino final, en las turbias aguas del río o arrojándose desde una azotea cualquiera al pavimento, para morir piadosamente, antes de arrastrar aquel horror?

—Lo pagarás... —susurró entre dientes, apenas se encontró sola, y su esposo, sir Cyrus Atwill, la hubo dejado en su aposento, preparándose para la cena—. ¿Lo pagarás caro, maldito y vil Peter Barclay!

* * *

Peter Barclay, el editor de libros, miró nerviosamente su reloj aquella tarde, mientras dirigía una última ojeada a un titular perdido en la página de ecos sociales del Evening News. Meneó la cabeza, desorientado.

—No puedo entenderlo —susurró—. Eso no tiene sentido, a menos que estén mintiendo piadosamente para ocultar la verdad...

Y volvió a releer el absurdo encabezamiento de la gacetilla social correspondiente: «Sir Cyrus Atwill, a su regreso de Francia, es recibido por su encantadora esposa, tan bella y distinguida como siempre, cuando atracó el Neptunia en el puerto de Dover, desde donde emprendieron viaje por carretera hacia la capital londinense.»

El sabía muy bien lo que le ocurría a Ilonka. El sabía que ella no podía ir a recibir con su actual aspecto físico a su esposo, sir Cyrus, ni a nadie. Era un monstruo. Un desecho humano. Lamentaba, en cierto modo, su impulso de arrojar el vitriolo al rostro de la muchacha, pero no se arrepentía en exceso. Después de todo, ella lo merecía. Era una ramera honorable, una prostituta de apariencia aristocrática, y nada más. Le había querido abandonar, se burló de él. Y Peter Barclay no admitía burlas. Por eso reaccionó así. Era irremediable ya. Lo extraño es que los malditos periodistas ocultasen la verdad. Seguramente, ni siquiera sir Cyrus la habría llegado a ver con su aspecto actual.

Soltó una agria risita entre dientes, moviéndose por las sórdidas estancias de su editorial. El libro estaba casi terminado. Gracias a los esfuerzos de los imbéciles y serviles empleados suyos, como Seldon Rush y Marley, el impresor. Y los viejos y resignados cajistas. Su sórdido imperio funcionaba, o aquellos desgraciados se quedarían sin trabajo en un Londres con excesivo paro laboral. Podría ganar la partida a su competidor Jonathan Stern, pese a su poderío editorial. Estaba seguro de ello.

Se interrumpieron sus divagaciones. El campanilleo de la puerta de entrada a la lóbrega oficina cercana al Támesis y al puente de Lambeth le señaló la entrada de alguien.

Frunció el ceño. Era demasiado pronto. Pero Seldon Rush tenía la buena costumbre de llegar antes de tiempo a su trabajo, sobre todo si había un esfuerzo superior al normal, del que, como ahora, dependía una edición importante.

Giró la cabeza. La sombra de la persona recién llegada se perfilaba en los

escalones descendentes desde la puerta vidriera hasta el interior de la oficina, sobre los cristales polvorientos. Y no era Seldon Rush, ciertamente.

Era una mujer.

Una mujer con amplia falda y una capa con caperuza sobre su cabeza, un dominó oscuro. Peter Barclay enarcó las cejas, sorprendido. Por un momento había pensado que su joven y hermosa amante, Ilonka Atwill, volvía a su lado.

Pero eso era imposible. Ella nunca volvería allí, después de lo ocurrido. Y menos aún a pleno día, todavía con luz diurna en la calle, aunque estuviera cercano el atardecer. Además... estaba su rostro. ¿Qué mujer orgullosa hasta entonces de su belleza, exhibiría una faz tan grotesca y terrible como la que el ácido dejó en aquel óvalo antes perfecto y adorable?

—¿Quién es usted? —preguntó Barclay, apartando de sí esa repentina imagen improbable, y moviéndose con paso rápido hacia la recién llegada, no exento de cortesía.

—Lo sabes muy bien, Peter —dijo una voz escalofriantemente conocida —. ¿Ya me has olvidado, querido?

Peter Barclay se detuvo, sobrecogido. Aquella voz...

¡Era ella, Ilonka! Pero eso no era posible... La trató de ver, aunque el contraluz lo hacía imposible. Tragó saliva, sintiéndose repentinamente incómodo. No es que temiera a su visitante, pero... no quería verla. No quería encontrarse cara a cara con el rostro que su terrible ácido había modelado al morder la carne bella y seductora, días atrás.

—Ilonka... —su voz sonó ronca, quebrada—. ¿Por qué..., por qué has vuelto? No quiero... verte...

—¿Por qué no? —rió ella extrañamente—. ¿Tanto te asusta mi cara actual, Peter Barclay? Recuerda que fue obra tuya. Como crear un grabado. Un horrible grabado, ¿no crees? Lograste reproducir el rostro mismo de la muerte, descarnado y espantoso...

—Basta, basta., —jadeó, trémulo, apartando sus ojos de la silueta femenina que, inexorable, se movía hacia él, bajando los escalones hacia el tétrico interior de la vieja y polvorienta editorial—. No te acerques... Por favor, Ilonka... Haré lo que sea. Te daré dinero, te buscaré el mejor cirujano facial que exista... Pero no me mires. No te acerques a mí... No, Ilonka, por Dios...

—No mezcles a Dios en esto —le replicó ella con frialdad—. Ni tú ni yo merecemos pedirle nada, ni esperar nada de él. Y menos ahora... Tú es como si hubieras asesinado a alguien. Peor aún, Peter... Es mil veces peor convertir a una mujer hermosa en un monstruo viviente que en un cadáver. Morir es no existir, es dejar de ser. Desfigurar una cara bella es destruir la propia vida, la ilusión, la alegría, sueños y esperanzas..., todo. Ahora sería un cadáver viviente... si no fuese porque el milagro se produjo...

—¿El milagro? —Susurró Barclay, aturdido, sin comprender nada.

—Sí. El milagro que no merecíamos ni tú ni yo quizá. Yo, para seguir

siendo hermosa. Tú, para no tener que responder de tu crimen... ¡Mírame, Peter! ¡Mírame! Soy hermosa. Hermosa como la primera vez... Como antes de ser tu amante. Como antes de ser tu víctima...

Le había aferrado por los hombros. Le miraba fijamente, bajo la caperuza oscura de su dominó... Y Peter Barclay, descompuesto, tembloroso, intentaba evitar mirarla, sabiendo lo que una pileta de ácido podía hacer en un rostro humano, a poco que mordiera sus tejidos... Y él había visto partir, aullando de terror y de dolor, con el rostro cubierto a medias y la carne hirviendo, humeante, a la hermosa Ilonka, su amada. De eso hacía solamente unos días. No era posible que ahora hubiese cambiado. No, no era posible...

Y, sin embargo...

Sin embargo, de repente, se encontró enfrentado al rostro temido de Ilonka Atwill. Una interjección de asombro, de incredulidad, brotó de sus labios. El estupor, el desconcierto, asomó a su gesto.

—No... ¡No es posible! —aulló, aterrado—. No pudo suceder algo así...

—Mírame bien, Peter —le desafió ella, riendo triunfal—. ¿Ves ahora? Poco vales frente a mí. He vuelto tan hermosa o más que antes... He vuelto para vengarme de ti, sucio .canalla...

Alucinado, Peter Barclay, el editor, estaba contemplando aquella hermosísima cara de mujer, más bella que nunca, más satinada y radiante, más llena de encanto y atractivo de lo que jamás la recordara él, incluso antes de la lluvia de vitriolo sobre su epidermis.

Aquello era imposible. No tenía sentido. Pero había ocurrido. Y él lo estaba comprobando con sus propios ojos...

Alargó unos dedos trémulos, estremecidos. Tenía que estar seguro, saber que no se trataba de una máscara... Que, realmente, aquélla era la piel auténtica de Ilonka.

Y tocó. Rozó la epidermis facial, estupefacto, sin dar crédito a sus sentidos. Lívido, tembloroso, sólo supo musitar:

—Eres tú, Ilonka... Es tu... tu rostro... No le ha sucedido nada... ¡Nada!

—Exacto, querido Peter —rió ella suavemente—. Pero no porque tú no lo desearas. Ni porque tu maldito ácido corrosivo no devorase mi carne y mi piel como haría con el metal de un grabado... Por eso he vuelto. Para que me veas... hermosa como nunca. Para que me admires por última vez... ¡y luego mueras! —concluyó con una estridente, cruel carcajada.

Peter Barclay se encogió al sentir la terrible cuchillada en su corazón. Desorbitó los ojos, contemplando entre incrédulo y horrorizado a su verdugo. El cuchillo, largo, delgado, afiladísimo, volvió a penetrar en su pecho, como en una pella de manteca, partiendo de nuevo su corazón con mortífera precisión. La mano enguantada de Ilonka no vacilaba un solo instante. Golpeó seca, firmemente. El primer impacto del acero era ya mortal. El segundo sólo remachaba la obra iniciada.

—Dios... —boqueó repentinamente Barclay, sintiendo que la vida se escapaba en un espasmo violento. Los labios se le tiñeron de rojo

sanguinolento. Y, de pronto, desorbitando sus vidriosos ojos, fijos en ella, susurró con sus últimas fuerzas—: Pero... tu... tu cara..., ¿qué... le pasa... a tu cara?

Cayó de bruces, con un estertor. Pesadamente, golpeó de frente el suelo, quedando inmóvil sobre el sucio suelo de su sórdida editorial. Ilonka soltó el largo, afiladísimo cuchillo homicida, que tintineó sordamente en el pavimento gris. Miró con una mezcla de complacencia y de horror la forma del hombre muerto. Su venganza estaba satisfecha.

Caminó hacia atrás, con pasos lentos e inseguros, mientras la sangre, brotando de las dos cuchilladas terribles, se extendía formando reguero bajo el cadáver. Borrosamente, recordó las palabras absurdas del muerto, en su agonía:

«Pero tu cara... ¿qué le pasa a tu cara?»

Era sin duda un reflejo de su propio asombro postrero, tras verla tal como era antes, hermosa y deseable de nuevo, como si el ácido nunca hubiera actuado sobre ella.

Ilonka pasó ante un viejo espejo del recibidor .de las oficinas editoriales. Se miró un instante al cristal azogado, casi de modo mecánico.

Un escalofrío de supremo terror la sacudió.

—¡Noooo! —sollozó, con un chillido rabioso, estridente, acercándose presurosa al espejo para comprobar si todo no era simple ilusión suya o un efecto de la deformidad del propio cristal.

Pero el terrible veredicto del espejo era inapelable. El difunto Barclay había tenido razón al morir. ¿Qué pasaba con su rostro?

Estaba agrietándose, repentinamente lívido, acartonado y rígido, como si hubiera sido una simple máscara de cartón ocultando su fealdad. Y bajo esas grietas, se empezaba a adivinar de nuevo la existencia de un rostro repugnante, horrible, deformado y cadavérico. El mismo rostro que lucía una desesperada mujer al arrojarse al Támesis aquella noche anterior...

CAPITULO V

Los fragmentos de rostro se desprendieron como cascarillas de huevo o una envoltura de escayola rota.

El doctor Austin Brodman se estremeció, sudoroso, tapándose sus ojos más con exasperación que con horror. Un silencio angustioso reinó en la consulta de Lambeth Road número 32.

—¿Qué es, Austin? —quiso saber ella, con voz rota, trémula—. Por el amor de Dios, ¿qué ocurre?

—No... no lo sé... —musitó roncamente Brodman—. Era sólo un experimento, ya te lo dije, Ilonka. Podía resultar... o tal vez no.

—¿Eso quiere decir que todo era una hermosa mentira? ¿Un engaño de algunas horas y nada más? Es como haberme tapado la cara con cera. Al calor, ésta se derrite...

—Calma, calma... Tiene que haber un fallo, no sé cuál. Debo investigar, perfeccionar la fórmula quizá...

—¡Perfeccionar la fórmula? ¿Cuándo? ¿Dentro de un año, de dos o de veinte? —clamó ella sarcástica—. ¡Mira mi rostro! ¡Vuelvo a ser la de antes, la que conociste en el río!

—Lo sé, Ilonka. Por favor, seamos sensatos, tengamos serenidad...

—Para ti es fácil decirlo. Pero ¿y para mí, Austin?

—El compuesto debe funcionar. Funcionó con cobayas. Pero claro, no sabía nada de las personas... Ilonka, ¿qué ocurrió en esa visita que hiciste a tu amante? ¿Qué pasó entre él y tú cuando... cuando todo se vino abajo otra vez?

—Era un ajuste de cuentas. Maté a mi amante.

—¡Dios mío! —Palideció Brodman—. Un crimen...

—Una venganza. Un acto de estricta justicia, diría yo. Tenía que hacerlo.

—¿Y entonces sucedió?

—Sí, entonces.

—Nunca creí en nada sobrenatural, Ilonka. Pero tal vez desafiaste a lo divino...

—¡Tonterías! —cortó ella, abrupta—. Austin, tienes que encontrar una solución. Aunque sólo sea accidental, momentánea... Dame otra vez ese barniz... Por unas horas siquiera...

—¿De qué serviría? —Gimió el doctor Brodman, angustiado—. Es sólo eso, lo que tú has dicho... Un barniz. Nada más. Se agrieta luego. Se desmorona y todo queda igual.

—Entonces... ¿no hay remedio, Austin?

—No lo sé... Déjame pensar... —rogó él, paseando excitado por su gabinete—. La mezcla de elementos químicos, de hemoglobina, de tejidos vivos, de vísceras humanas..., todo eso estaba bien. O creí que estaba bien. Es tan difícil hallar cuerpos hoy en día, para experimentar con ellos... Te cobran mucho los ladrones de cadáveres, y éstos no siempre están en condiciones

adecuadas... Si pudiera manejar más vísceras, más sangre humana todavía reciente, más tejidos...

—¿Dónde puedes encontrar eso ahora, Austin? —se exasperó ella—. Un cadáver, sangre, vísceras calientes... ¡Un momento!

—¿Qué ocurre? —indagó Brodman, perplejo.

—Sí, ya lo tengo... —los ojos de ella brillaron—. Austin, ya lo tengo... Ésta Peter Barclay... Muerto en su editorial. Está oscureciendo. Hasta más tarde no irán sus empleados para un turno de noche extraordinario, como hacen a menudo... Tenemos tiempo. Suficiente para obtener sangre, tejidos, vísceras... Yo le maté... de dos puñaladas en el corazón. ¿Puede servirte él?

—Cielos... —lívido, se estremeció Brodman, vacilando sobre sus pies—. ¿Ahora... ir allí?

—Es la posibilidad de mejorar tu fórmula, ¿no lo entiendes? La única posibilidad, tal vez... para ti y para mí —miró al reloj de pared—. Tenemos una hora, al menos. Suficiente, si vamos de prisa, Austin. Tenemos que hacerlo...

Vaciló Brodman. Pero por poco tiempo. Recordó la belleza anterior de Ilonka. Su cuerpo deseable. Y su propia ambición de científico. Asintió, tomando su macferlán.

—Sí —dijo—. Vamos. Tenemos tiempo... Dejaré una nota a Nelly, mi ayudante. Ella no tardará en volver. Pasa el día con su novio, en Camden Town.

Garrapateó unas líneas, que dejó sobre la mesa. Tomó de un brazo a la espantosa fealdad viviente que era ahora Ilonka Zoltan, y salió con ella al exterior, ya oscuro y brumoso, sobre todo junto al río. La caperuza cayó sobre el rostro de la muchacha, para cubrir sus espantosas facciones desfiguradas y horribles.

* * *

—Es raro...

—¿Qué es lo raro, Nelly?

—El doctor Austin Brodman no está en casa —ella mostró la nota a su novio—. La ha dejado para advertirme. Tuvo que salir por un asunto urgente. No sé qué podrá ser, porque no acostumbra abandonar su trabajo a horas como ésta...

—Eso me recuerda algo —sonrió Seldon Rush suavemente, acariciando una mejilla de la muchacha—. Me he retrasado en ir a mi propia tarea. El señor Barclay estará furioso por no haberme presentado antes. Ese libro significa mucho para él. Y hoy debe de estar totalmente terminado. Debo corregir las últimas galeradas, antes de que se imprima esta noche el resto del volumen, para lanzarlo mañana a la calle.

—¿Tanto urge?

—Mucho. Es cosa de pisar el terreno a Jonathan Stern. No es ético, pero

Barclay hace así las cosas. Es el tipo menos honrado que he conocido en mi vida, palabra.

—¿Por qué sigues trabajando, entonces, para él? —Nelly abrió mucho los ojos.

—Entre otras cosas porque el trabajo no abunda en Londres, querida. Es un viejo negrero, pero necesito su salario. A todos nos ocurre igual, o le hubiéramos enviado al diablo hace mucho tiempo.

—Sí, supongo que las cosas no están bien para cambiar de patrón. No todos tienen la fortuna de contar con un jefe comprensivo'1 y noble como el doctor Brodman. Bien, no te entretengo, querido. Puedes volver a tu tarea. ¿Nos veremos mañana?

—Haré lo imposible por ello —asintió Seldon, con voz firme—. Por cierto, Nelly, ¿sabes quién es la hermosa dama que vi esta mañana saliendo de esta casa?

—Oh, ésa... —Nelly Parrish hizo un ambiguo movimiento de cabeza—. Lo cierto es que lo ignoro. Esta mañana el doctor tenía una consulta muy madrugadora... o bien demasiado trasnochadora, ¿entiendes? La oí salir de su consulta sigilosamente, cuando yo me levantaba. Sólo vi su dominó oscuro. ¿Dices que era hermosa?

—Mucho. Y ahora que mencionas el dominó...

—¿Sí? —Nelly enarcó las cejas, interrogante, mirándole vivamente.

—Sabía que algo en ella me era familiar. Claro que muchas mujeres usan hoy en día esa prenda, pero vi algunas veces un dominó oscuro colgado del perchero de mi jefe, en estas últimas semanas. Siempre su dueña salía por la puerta posterior de su vivienda, anexa a su despacho, y nunca llegué a verla cara a cara. Imagino que será simple coincidencia, claro...

—Por supuesto —rio Nelly—. He visto a más de cuatro de cada diez mujeres que visitan al doctor Brodman llevar dominó oscuro en otoño e invierno, querido. No sabes nada de modas femeninas.

—Lo imaginaba. —Seldon amplió su sonrisa, besando los labios de la muchacha cálidamente—. Olvida el comentario. Hasta mañana, Nelly querida. Y no trabajes demasiado.

—Eso depende siempre del doctor —dijo ella risueñamente—. Feliz noche con ese libro.

—¿Feliz? —resopló Seldon resignadamente—. Será de todo menos eso que has dicho...

Abandonó la mansión de Lambeth Road. Se encaminó con paso rápido hacia el puente, que cruzó con ágil marcha hacia el otro lado del río. La noche ya se había echado encima y la niebla era tan espesa que, para mirar su reloj de bolsillo, tuvo que detenerse junto a una farola de gas y comprobarlo minuciosamente.

—Las siete y media —silbó entre dientes—. Barclay va a tirarme de las orejas o amenazarme con el despido, como si estuviera oyéndole...

Aceleró el paso. Se cruzó con un fiacre que iba rápido a través del puente.

Un rostro asomaba a la ventanilla de la portezuela y, borrosamente en aquella mancha pálida, a través de la bruma, el hermoso rostro inquietante de aquella mujer que viera la misma mañana a la puerta de la vivienda del doctor Brodman. El rostro se retiró con rapidez al interior del carruaje.

De repente, Seldon se paró en seco, sintiendo un escalofrío.

¿Era imaginación suya, o aquella misma bella cara que intuyera más que viera en la bruma, tenía ahora los dientes fuera, sin boca ni labios, los ojos rodeados de llagas lívidas y hueso descarnado, y las mejillas devoradas por algo horrible que hizo de todo ello una máscara de horror supremo?

El fiacre estaba ya lejos, borrándose en la niebla, y Seldon se encogió de hombros, diciéndose que se estaba dejando llevar últimamente por su imaginación en exceso. Tal vez fuese como una evasión de la rutina sórdida cotidiana en la editorial de Peter Barclay, y nada más.

Suspiró, ahuyentando la idea de su mente de modo definitivo, y aceleró el paso, para llegar minutos más tarde ante la polvorienta puerta de la editorial. Le sorprendió ver en sombras el interior.

—¿Todavía no ha llegado el señor Barclay? —se extrañó—. No es posible... Tiene que estar ya aquí, si quiere que mañana salga el libro...

Pero lo cierto es que no parecía haber nadie dentro. Empujó la puerta, cuya campanilla tintineó huecamente en las dependencias grandes y destartaladas. Buscó a tientas un quinqué y le dio la llama. Luego encendió la llave del gas de las luces restantes.

Entonces descubrió el rostro de Peter Barclay, desventrado, abierto casi en canal, vacío de sangre y de vísceras, tendido sobre un enorme y ya seco charco rojo oscuro, con sus desorbitados ojos vidriosos fijos, sin ver, en el sombrío techo de la amplia oficina...

* * *

Nelly Parrish cerró tras de sí, entre sorprendida y molesta.

No era habitual en el doctor Brodman un comportamiento tan áspero como el que acababa de demostrarle en aquellos momentos, pidiéndola con sequedad que le dejara solo con su paciente en el consultorio inmediato a su laboratorio de experimentación, y no volviese cuando menos en una hora.

Parecía esa noche algo agitado y nervioso el médico. Y la dama del dominó se cubría nuevamente el rostro cuanto le era posible, bajando la encapuchada cabeza hasta tocar con su barbilla en el pecho.

—Sí, doctor —se había limitado a asentir Nelly, con cierto disgusto—. Como usted diga. Aprovecharé para arreglar algunas cosas de su archivo y almacén del sótano...

Y salió de la estancia con expresión contrariada, alejándose de allí bajo la impresión de que algo andaba mal en la vida del doctor Brodman desde que se había presentado allí aquella misteriosa paciente del dominó oscuro.

En esos momentos, Brodman respiraba hondo, con alivio, tras girar la llave

en la cerradura, y se volvió a su acompañante. Ilonka se dejó caer la caperuza sin dudar. Brodman sufrió un estremecimiento y desvió de nuevo la mirada con una instintiva expresión de repugnancia.

No le pasó desapercibido a ella, cuyos ojos tuvieron un destello de cólera. Se contrajo la carne rugosa y deforme que rodeaba sus encías y dientes al descubierto, en eterna mueca de horrible fealdad.

—Ya tienes esas vísceras y esa sangre —señaló el envoltorio, que él estaba abriendo, para extraer un frasco lleno de plasma sanguíneo y una caja de cartón enrojecida por la sangre, dentro de la cual iban el corazón, el hígado, pulmones, bazo y riñones del difunto Peter Barclay, en una mescolanza repulsiva y sangrante, que aún parecía palpitar viva bajo el vacilante reflejo de las luces de gas de los mecheros—. ¿Y ahora? ¿Vas a poder borrar este horror de mi cara, Austin, una vez más?

—Lo voy a intentar, Ilonka —dijo roncamente él.

—¿De un modo definitivo, esta vez?

—Ya te he dicho que no sé nada. Es el primer experimento. Tenía que hacerse. Y también ahora se ha de hacer, Ilonka querida, compréndelo.

—Tu gesto conmigo ahora no es el de un amante rendido como anoche. ¿Qué te pasa? ¿Es que empiezo a causarte asco? ¿O es que ya no soy la misma para ti, por el hecho de haber matado a ese cerdo de Barclay?

—No dije nada de eso —se enjugó el sudor de la frente, dirigiéndose a por un recio almirez, en el que arrojó las vísceras, que resbalaron repugnantemente hasta el fondo. Luego tomó un mazo de piedra y comenzó a triturar y aplastar los residuos humanos, en medio de una espantosa pulpa sanguinolenta—. Ahora tengo que trabajar de prisa. Nelly volverá más tarde, y para entonces todo debe estar listo. Confío en enriquecer la mezcla de tal modo, que ahora la capa de carne plástica resulte definitiva, Ilonka.

—Espero que sea así —musitó ella roncamente, la mirada fija en aquella espeluznante mezcla que aplastaba y removía con el almirez la mano firme del cirujano, sin que sus ojos sin párpados revelaran la menor emoción, absorta en la visión de aquella sangre y aquellos trozos rojo oscuros que el martilleo del mazo iba convirtiendo paulatinamente en una pasta atroz.

Durante minutos y minutos, no se oyó en el laboratorio otro sonido que el pastoso de la trituración lenta e incansable de las vísceras humanas. Luego, la sangre espesa chorreó sobre la mezcla, casi cuarenta minutos más tarde, formando todo ello un conjunto viscoso y oscuro, verdaderamente repulsivo.

—Ya —dijo con voz apagada Austin Brodman, resoplando y volviendo a secar la transpiración que empapaba ahora todo su rostro y cabellos—. Espero que todo resulte bien...

Puso la mezcla en un recipiente de vidrio y situó éste sobre una llama del hornillo de gas, hasta que empezó a burbujear. Entonces aplicó una serie de productos que tenía en tubos de ensayo. Humeó la mezcla y un hedor a sangre corrompida se extendió por la estancia.

Retiró la mezcla del fuego y dejó que burbujease, como una diabólica

pócima, a un lado de la mesa de mármol. Luego, paulatinamente, al enfriarse, llegó a formar una pasta cuyo color se hizo más pálido al recibir un último producto incoloro y denso. Finalmente adquirió una extraña tonalidad semejante a la carne humana.

—Ahora —silabeó, con un suspiro, el médico—. Vamos a intentarlo, Ilonka. Y que Dios nos ayude..., si es que El puede ayudar en cosas así.

Y tomó el pincel con el que trazara sobre el rostro atroz de Ilonka Atwill la primera faz hermosa, que luego se agrietara de modo tan terrible. Ella se aproximó, como en trance. La luz de la lámpara de gas cayó sobre su fealdad alucinante, estremeciendo de nuevo a Austin Brodman. Pese a ello, su mano no tembló al comenzar a deslizar la pasta carnosa sobre el rostro femenino desfigurado por el ácido.

Sí tembló y resbaló, cuando sonaron golpes suaves en la puerta. Su voz tampoco fue muy firme, al volverse y preguntar roncamente:

—¿Quién es?

—Yo, doctor —dijo la voz de Nelly—. Ya pasó la hora que usted dijo...

—Un momento —dijo, inseguro—. Vuelva más tarde. Tengo trabajo y no puedo dejarlo, señorita Parrish.

—Está bien —musitó la voz. Unos pasos se alejaron.

—Esa maldita muchacha... —jadeó Ilonka con un brillo de ira en sus ojos —. Siempre está importunando.

—Es lógico —justificó el médico—. Esto no resulta acostumbrado en mí. Nelly es una joven muy eficiente y laboriosa. No le gusta estar inactiva.

—Sigue, Austin —le incitó ella, nerviosa—. Termina de una vez, por favor.

—Sí, sí. Ya queda poco, querida —nuevas pinceladas trazaron un rostro artificial sobre aquella cadavérica base facial. Al fin, se apartó, con un resoplido—. ¡Ya está! Mírate, Ilonka...

Ella avanzó hasta un espejo. Se contempló la faz radiante, hermosísima. Su rostro de siempre, terso y suave, de aterciopelada piel.

—No te toques aún —avisó Brodman—. Deja que se seque un poco. Creo que esta vez lo hemos conseguido... La mezcla es infinitamente superior a la otra. Pero me temo que el producto no sea duradero.

—¿A qué te refieres?

—A que tiene un uso limitado de tiempo. Aunque lo congele, perderá sus propiedades en un setenta por ciento al menos. Y a temperatura normal, se pudrirán las vísceras trituradas sin remedio. Si quiero hacer otra mezcla igual tendré que repetir la operación.

—Eso significaría buscar más sangre y más vísceras humanas —comentó Ilonka, la mirada fija en su hermosísimo rostro actual—. Imagina si esto fracasara otra vez, Austin... y volviera a ser horriblemente fea, desfigurada... ¿Qué sucedería entonces?

—No lo sé —suspiró él, estremeciéndose ante esa sola idea—. Ilonka, confiemos en que todo salga bien esta vez. Creo que en esta ocasión, el tejido

artificial formado por esa mezcla plástica en tu rostro, no se agrietará ni desprenderá. Es definitivo. Te cubrirá tu verdadera piel de ahora en adelante. Es todo lo que puedo decirte.

—Ojalá sea así, Austin —se tocó ahora la piel, asombrándose de su tersura y suavidad—. Soy hermosa, querido. Muy hermosa otra vez. No quisiera volver a ver ese rostro de terror que hay debajo...

—Que había debajo —rectificó con suave sonrisa él—. No temas. Todo irá bien. Ahora abriré esa puerta, en cuanto me deshaga de la mezcla sobrante. Nelly volverá de un momento a otro.

—Nelly... —había odio en el modo de repetir su nombre—. Esa chica es bonita, Austin. Y no tiene mi desgracia...

—Por fortuna para ella, no. Va a casarse pronto.

—¿Casarse? ¿Con quién?

—Un muchacho joven, corrector de imprenta. Trabajaba precisamente con Peter Barclay. En realidad desea ser escritor, por eso está metido en cosas editoriales...

—¿No será ese joven que encontré esta mañana al salir de aquí? Alto, guapo, arrogante, de ojos grises y pelo oscuro...

—El mismo —asintió Austin Brodman, distraído, disolviendo la repugnante aleación hecha de sangre y vísceras humanas en un ácido—. Un gran chico. Espero que sean felices...

—Felices... Todo el mundo parece capaz de serlo menos yo.

—No digas esas cosas. Tienes un esposo joven, rico y prestigioso, un rostro nuevamente hermoso... ¿Qué más puedes desear, Ilonka?

—Desearía amar realmente a mi marido. Ser amada por alguien que no me deseara. Y saber que este rostro ya nunca cambiará, que seré hermosa como siempre...

—Podrás preguntárselo cada día a tu espejo, sin temor a ninguna Blancanieves, querida —sonrió jovialmente Brodman, que ahora acarició aquella bellísima faz obra suya—. Estoy seguro que su respuesta será siempre la misma...

—Pero ahora, ¿qué va a ocurrir? —Musitó ella, inquieta, caminando hacia la salida—. Me refiero a la muerte de Barclay, a las mutilaciones...

—Hay mucho asesino loco suelto por Londres —se encogió él de hombros —. Atribuirán a alguien así lo ocurrido, no temas. ¿Quién relacionaría a Ilonka Atwill con un crimen semejante?

—Ni tampoco al doctor Brodman, por supuesto —le recordó ella sutilmente.

—Eh, un momento. Yo no participé en eso, Ilonka —se alarmó él.

—Has colaborado en extraerle vísceras y sangre —sonrió maliciosamente Ilonka—. Eso te convierte en mi encubridor, querido. No lo olvides. Por si algo fuera mal en el futuro, no te conviene olvidarlo...

Y le dirigió una sonrisa significativa, al tiempo que salía, añadiendo frívolamente:

—Volveré otro día, amorcito. Esta noche me debo a mi esposo. No puedo hacerle esperar. Pero te aseguro que sabré pagarte con creces cuanto haces por mí...

Le guiñó un ojo, y salió del laboratorio, alejándose hacia la puerta del viejo caserón de Lambeth Road.

CAPITULO VI

El inspector Addison Barrow, de Scotland Yard, paseó lentamente por la amplia, polvorienta y sórdida habitación. Las sombras oscuras y rígidas de dos policemen montaban guardia en la puerta. Fuera, un carruaje celular y otro de sanidad esperaban. Otro agente uniformado hacía circular a los curiosos, sin permitirles aproximarse a la editorial.

—Circulen, circulen... —repetía, monocorde—. Circulen, por favor...

Las farolas de gas brillaban mortecinamente en la niebla. De vez en cuando, algún carruaje pasaba rápido, rodando sobre el empedrado de aquel lado del río, hasta perderse en la densa bruma que rodeaba la zona ribereña.

—Bien, señor Rush —habló con lentitud el inspector Barrow—. ¿Es todo lo que tiene que decirme?

—Absolutamente todo, inspector —afirmó Seldon, la mirada fija en el cuerpo horriblemente destrozado, que ahora cubría aquella piadosa tela blanca, formando un bulto informe pero siniestro—. Lamento no poder añadir nada más.

—No ha sido demasiado.

—Lo siento. Es todo lo que sé.

—Ya —los ojos agudos del inspector se deslizaron hacia los testigos mudos de la escena, los dos cajistas y el impresor Marley, agrupados allá en la sombra, con el reflejo pálido del mechero de gas de la lámpara en sus rostros taciturnos—. Ustedes tampoco saben nada, ¿verdad?

—Nada en absoluto, inspector —admitió uno de los cajistas—. Llegamos poco después que el señor Rush. Y encontramos lo que usted ha visto aquí.

—Sí. Un cuerpo desangrado, sin vísceras, abierto en canal por alguien que sabe manejar muy bien un cuchillo... —Barrow meneó la cabeza, ensombrecido—. Pero no vieron nada, no saben nada.

Un silencio profundo siguió a su comentario. El inspector dio otro paseo antes de volverse bruscamente a Seldon Rush.

—¿Tenía enemigos el señor Barclay? —indagó casi con aspereza.

—Muchos —Seldon hizo un gesto elocuente—. Le gustaba jugar sucio con sus competidores. Nadie, en la empresa editorial londinense apreciaba a Barclay.

—¿Y ustedes? Me refiero a sus empleados. ¿Le apreciaban?

—No mucho —admitió sinceramente Rush—. Pagaba mal y exigía mucho.

—Pero ustedes trabajaban en su empresa.

—Los tiempos no están para elegir el trabajo —dijo Seldon, irónico—. ¿Dejaría usted Scotland Yard ahora, sólo porque su superior fuese un pequeño tirano?

Carraspeó Barrow, evidentemente molesto por la comparación. Pero se abstuvo de hacer comentario, prefiriendo abordar el asunto de otro modo:

—¿Pudo alguien robar aquí algo valioso, matando antes al señor Barclay

para ello?

Rush hizo un gesto ambiguo ante la pregunta y expuso francamente su opinión:

—Lo dudo mucho, inspector. Aquí no había nada de valor últimamente. Ni siquiera en la caja fuerte. Las cosas iban mal últimamente. Si el libro actualmente en impresión dejaba de salir mañana, la empresa se hundía.

—¿Y quién sería el beneficiado con ello?

—Nadie, en realidad. Quería ganar por mano a Jonathan

Stern. Dudo mucho que lo hubiera logrado aun saliendo todo bien. Stern edita dignamente. Barclay, no.

—No tiene muy buen concepto de quien le pagaba su salario, señor —dijo secamente el inspector.

—No tengo por qué tenerlo. Peter Barclay nos pagaba una miseria y nos exigía mucho. Su ética brillaba por su ausencia. Era rudo, grosero y violento. Pero como le dije, no es fácil elegir hoy en día dónde colocarse, aunque uno sea joven y crea servir para algo mejor que pudrirse en este antro.

—Gracias por su sinceridad, señor Rush —los ojos astutos del inspector se fijaron en él, bajo su correcto y clásico bombín negro de perfecto gentleman británico—. ¿Sabe que podría ser mi primer sospechoso de este crimen?

—Estaba seguro de ello —sonrió tristemente Rush—. Pero cometería un error lamentable. Yo no tenía por qué matar a ese hombre. Ahora me quedo sin empleo. Y lo mismo les ocurre a estos hombres, inspector. Todos necesitamos el dinero.

Barrow no dijo nada. Estudió a Marley y los cajistas en silencio. Ellos asintieron con la cabeza, sin utilizar palabras. Volvió a fijarse en el bulto siluetado bajo el tejido blanco. Luego, miró a los dos hombres de blanca bata que aparecían en la puerta de la tenebrosa oficina.

—Pueden llevárselo a la Morgue —dijo, escueto—. Espero la autopsia para saber algo más de ese desgraciado, aunque todo parece claro y preciso.

Los enfermeros, silenciosamente, se llevaron el cuerpo con su sábana. La puerta tintineó tras ellos. Poco después, rodó el carruaje calle abajo.

—De modo que ninguno sabe nada —farfulló el inspector, con acento malhumorado.

—Me temo que no, señor —manifestó el viejo Marley, humedeciendo sus labios nerviosamente—. Sólo trabajábamos y trabajábamos... para ganar una miseria. El señor Rush tiene razón. No sólo corregía los trabajos, sino que escribía capítulos enteros cuando faltaba algo en un volumen, o revisaba el estilo y cosas así. Pero no por ello pagaba más, como tampoco nos daba más allá de una libra o dos a la semana si nos desvivíamos por horas y horas de más durante la noche...

—De modo que era un negrero. Todos le odiaban aquí.

—Odiarle, no sé —Rush se encogió de hombros—. Nos era desagradable. No nos simpatizaba lo más mínimo a ninguno. Pero no creo que llegase a ser odio.

—¿Y en lo afectivo? ¿Tenía familia el señor Barclay? —varió Barrow el curso de sus preguntas otra vez.

—No. Vivía solo. Era huraño y áspero de carácter. Pero dicen que gustaba a las mujeres. Es posible que fuera cierto. Hay mujeres de extraños gustos.

—Mujeres... —los ojos perspicaces del inspector brillaron de pronto—. ¿Le conocieron alguna en especial? Una novia, una amiga, una amante...

—No, creo que no —rechazó vivamente Rush.

—Un momento —terció Marley, tras de tragar saliva ruidosamente—. Una noche estuve imprimiendo hasta el amanecer. Estábamos solos el señor Barclay y yo. Vino una mujer a visitarle. Era sobre las tres o las cuatro de la mañana...

—Siga —le invitó Barrow, vivamente interesado—. ¿Sabe quién era ella?

—No, señor —negó el impresor—. No llegué a verla bien. No vi su cara, ni apenas su cuerpo. Se cubría con una capa negra, amplia. Y con una caperuza tapaba la cabeza, el rostro. Entró en el despacho particular del señor Barclay. Oí luego jadeos, ruidos extraños... Creo que estaban haciendo el amor, pero no podría jurarlo. Tenía demasiado trabajo por hacer. Y nunca me gustó espiar esa clase de asuntos.

—Entiendo —el inspector se frotó el mentón—. ¿No pudo saber nada de ella? ¿Su nombre, su posible edad...?

—No, nada. El apenas si musitó unas palabras en voz baja al recibirla, y la metió en la oficina, cerrando tras de sí.

—¿Vino otras veces por aquí?

—Yo, al menos, no la volví a ver.

—Nosotros nunca vimos a esa mujer por aquí —negó uno de los cajistas, tras mirar al otro, interrogante.

—¿Y usted, señor Rush? —Preguntó vivamente Barrow, volviéndose al joven corrector—. Parece que es quien más tiempo pasa en esta oficina. ¿Qué me dice de esa dama?

—Marley tiene razón. Vino aquí alguna vez. Yo la vi en dos ocasiones, pero en ambas la hizo entrar por la puerta trasera, la que da frente al río. Apenas si vislumbré su silueta. Sí, parecía llevar una capa, como dice el señor Marley. Una capa con caperuza, un... un...

—¿Un dominó? ¿Se refiere a esa clase de prenda, señor Rush? —preguntó suavemente el comisario.

—Sí —Rush pareció sorprendido por algo. Una sombra fugaz cruzó sus ojos, mientras parecía asaltarle una vaga y remota idea que le sobresaltaba. Añadió, dominando sus indecisiones—: Sí, creo que se llama así, inspector...

—¿Qué le ocurre? ¿Ha pensado algo en especial, señor Rush? ¿Tiene algo más que decirme al respecto?

—No creo que no —Seldon se dominó con esfuerzo, ahuyentando de sí lo que juzgó que podía ser más que una idea absurda, una relación sin sentido entre el dominó oscuro de una desconocida amante de Peter Barclay, y la prenda que llevaba aquella mañana una hermosísima joven, a la salida de la

consulta del doctor Brodman, en Lambeth Road—. Estaba pensando en otras cosas, perdóneme. Algo que nada tiene que ver con este desgraciado asunto...

—Bien —suspiró el policía, encogiéndose de hombros—. Creo que no puedo obtener mucho más de ustedes, si han sido realmente sinceros conmigo. Volveré a hacerles unas preguntas más adelante. Por favor, no abandonen la ciudad sin advertirme. Ninguno de ustedes cuatro, señor Rush.

—Abandonar Londres... —sonrió Seldon, irónico—. ¿Cree que podemos ir a alguna parte, quizá? Yo tengo que casarme dentro de unos días, y ni siquiera sé si podré hacerlo, ahora que no tengo trabajo... Supongo que soy uno de los sospechosos...

—Quizá el mayor —sonrió con cierta acritud el policía—. Pero eso no significa nada. Buscaremos también a esa dama misteriosa, por si tiene algo que aportar al caso. De todos modos, quien abrió en canal al señor Barclay y le extrajo limpiamente las vísceras, parecía saber muy bien lo que se hacía. Yo diría que es el trabajo de un cirujano, después de todo...

Seldon Rush volvió a sentir esa vaga impresión de que algo se relacionaba de alguna forma entre la desconocida belleza y este sórdido crimen. El dominó negro, un cirujano... El doctor Brodman era cirujano. Y él había visto salir de su consulta, muy de mañana, tal vez demasiado de mañana para sus costumbres, a una paciente con dominó negro...

Y el doctor era cirujano. Y no vivía lejos de allí...

Hubiera querido hablarle de todo eso al inspector Barrow, pero comprendió que era prematuro y ridículo. No tenía la menor seguridad de que una cosa y otra tuvieran la menor relación entre sí. Acusar de algo así a un honorable médico para quien Nelly trabajaba desde hacía tiempo sin un solo motivo de queja, no sólo era improcedente y temerario, sino injusto. Además, sólo faltaba que Nelly perdiera ahora su empleo por culpa suya...

Salieron todos de la editorial. La policía precintó la puerta, y un agente uniformado se quedó de servicio, montando guardia en la acera, frente a la fachada de Barclay Publishing Co. Rush se despidió, quizá para siempre, de aquellas oficinas. No notó, sin embargo, la menor melancolía por ello.

Miró su reloj. La noche estaba ya avanzada y aún no había cenado. Guió sus pasos hacia Lambeth Bridge de modo casi instintivo. Cruzó el puente y se encontró en Lambeth Road. Poco después se detenía ante la vieja casa del doctor Brodman. Repentinamente, sin saber la razón, aquel muro vetusto y grisáceo le pareció cargado de siniestros presagios, como si algo maligno se alojara tras él.

Llamó decidido. Esperó unos momentos. El propio doctor Brodman le abrió.

Se quedó mirándole con cierta extrañeza, con la luz de gas del vestíbulo recortando su figura en mangas de camisa.

—¿Usted? —Se sorprendió el cirujano—. Pase, por favor. ¿A qué debo el honor de su visita, señor Rush?

Seldon entró, quitándose su sombrero y vacilando, sin saber a ciencia

cierta qué decir. Era demasiado tarde ya para alegar que venía a ver a Nelly. Aun así, era su única salida en este momento.

—Verá, doctor Brodman —dijo, como buscando cuidadosamente los términos para expresarse—. Lamento molestarle tan tarde, pero ha habido acontecimientos imprevistos en mi trabajo, que me obligan a ver ahora a Nelly, mi prometida, si ello es posible...

—Naturalmente que es posible —asintió Brodman, solícito, mirándole con curiosidad—. Supongo que aún no se habrá acostado. Dijo que tenía que terminar unos apuntes. Ya sabe usted lo laboriosa y eficiente que es siempre... Iré a avisarla.

—Gracias, doctor. No le molestaría si no fuese por el crimen.

—¿El crimen? Brodman se paró en seco, volviéndose lentamente hacia él —. ¿A qué se refiere, amigo mío?

—Oh, usted no puede saberlo. Mi patrón, el señor Barclay ha sido asesinado esta tarde. Le abrieron en canal y extrajeron sus vísceras. La policía ha estado allí hasta ahora, reteniéndonos para un interrogatorio...

—Dios mío... Pero eso es horrible —pálido, como sobrecogido, Brodman se encaró con él—. ¿Y qué dice la policía que ha ocurrido, exactamente? ¿Quién fue el culpable?

—Todavía no lo saben. Parece un chimen sin sentido. No robaron nada, en principio porque tampoco había nada que robar, pero ni siquiera el reloj de oro o las pocas libras que Barclay llevaba encima fueron tocados por el asesino. Este se limitó a ensañarse extrañamente, vaciando de vísceras el cadáver, y de sangre sus venas. Es todo lo que sabemos. Se supone que pudo ser un sádico...

—Qué horrible suceso —se estremeció Brodman, eludiendo mirarle—. Por favor, espere. Diré a Nelly que venga a reunirse con usted.

—Gracias, doctor. Es usted muy amable. No debí molestarle a estas horas...

—Por Dios, el asunto es grave y resulta comprensible que venga a esta hora. No se preocupe por mí, señor Rush.

Se ausentó. Seldon paseó por el vestíbulo, pensativo. Miró en derredor suyo, a los altos techos, muros sólidos y luces mortecinas de la vieja casona habitada por el cirujano. La impresión anterior se acentuó. Casi tuvo miedo de que Nelly siguiera viviendo y trabajando allí, hasta el día de su boda.

No tardó en llegar Nelly, que se lanzó en sus brazos, encontrándose sus labios en un contacto largo y apasionado. Al apartarse, ella parecía impresionada.

—¿Es verdad lo que me ha dicho el doctor? —susurró—. ¿Han matado a Barclay?

—Sí —sonrió Seldon, forzado, reteniendo el suave y esbelto cuerpo de su prometida contra sí—. Un crimen espantoso, Nelly. Me he quedado sin trabajo por fuerza mayor.

—No te preocupes. Tengo mis ahorros. Y si falta algo, el doctor Brodman

puede ayudarnos, estoy segura, hasta que podamos devolverle lo que él nos preste...

—No me gustaría eso, la verdad —suspiró Seldon, con una mueca—. Pero todo va a ser muy difícil ahora. Sabes cómo son las cosas ahora. Veo difícil obtener trabajo rápido, y la fecha de nuestra boda está encima...

—¿Quieres aplazarla, tal vez, a la espera de que las cosas mejoren?

—No, no —rechazó Seldon vivamente—. También yo pude ahorrar algo, a base de sacrificios. Nos casaremos. Luego, espero tener mejor fortuna. No habrá aplazamiento, cariño.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? —musitó Nelly, aún sobrecogida—. Un crimen así...

—Nadie lo entiende, ni siquiera la policía. Ya sabes que hay mucho maníaco suelto en Londres. No todo terminó con el Destripador, hace cinco años. Siempre hay imitadores de tan horrible arte. Este parecía bueno. Extrajo toda la sangre y vísceras del cadáver muy limpiamente...

—Vísceras y sangre... —se estremeció Nelly, abriendo los ojos, repentinamente angustiada—. Dios mío...

—¿Qué ocurre? —se extrañó Rush, mirándola—. ¿Por qué te sorprende eso?

—No, por nada —eludió la joven, dominando alguna ignorada emoción interior—. Fue sólo una impresión de horror. Un crimen así resulta... espantoso.

—Lo era. Todos somos sospechosos por ahora. Y una dama.

—¿Una dama? —la mirada de Nelly se clavó en él.

—Sí. Barclay, aunque parece mentira, tenía una amante. Una mujer que ninguno llegamos a ver claramente. Parecía de buena sociedad. Vestía una capa con caperuza oscura, una especie de dominó, ¿no se llama así?

—Sí —Nelly se mostró agitada—. ¿Una mujer pudo hacer algo así?

—No lo saben. Van a investigarlo, Nelly —Rush la miró fijamente, con pupilas repentinamente graves y profundas—. ¿Recuerdas que me hablaste de una mujer que dejaba su dominó oscuro colgado del perchero de tu patrón?

—Sí —Nelly evitó mirarle otra vez. Parecía trémula—. Lo recuerdo...

—Yo también lo he recordado. Vi a una mujer hermosa en la puerta, esta misma mañana. Me dijo que era lady Atwill, esposa de sir Cyrus Atwill. Llevaba esa prenda. Pero no antifaz rojo y negro.

—¿Antifaz rojo y negro? —se sorprendió Nelly.

—El policeman de servicio en el puente me dijo que anoche el doctor Brodman salvó a una suicida en el río. Llevaba esas prendas: dominó negro y antifaz negro y rojo. Pudo ser ella. Pero la mujer que yo vi no llevaba antifaz alguno, ni falta que la hacía. Era hermosa y muy joven. ¿Pudo ser la paciente de tu jefe?

—Sí, ¿por qué no?

—También pudo ser la visitante misteriosa de Barclay.

—Creo que exageras. Muchas mujeres llevan dominó en Londres

actualmente. Es una simple coincidencia.

—Quizá. Pero hay algo en todo esto que no me gusta, Nelly. El inspector Barrow, de Scotland Yard, hizo notar que quien mutiló el cuerpo de Barclay pudo ser un cirujano. Extirpó muy bien los órganos del cadáver.

—Dios mío —muy pálida, Nelly se apoyó en el brazo de Rush—. ¿Qué insinúas con eso?

—Nada... todavía —dijo severamente Seldon, sin quitar sus ojos de ella—. Pero si ves algo raro aquí, no dejes de informarme rápidamente de ello. Estoy preocupado por ti, Nelly. No me siento seguro ahora, sabiendo que tú estás en esta casona noche y día...

—Qué tontería, Seldon —rió ella, algo forzada—. El doctor Brodman es una bellísima persona. Sus experimentos médicos y químicos están perfectamente legalizados... No tengo nada que temer a su lado, tú lo sabes.

—No, no lo sé. Por eso insisto: vive alerta, Nelly. Y no dejes de llamarme en seguida si ves algo inquietante o que te preocupe. Ni dudes en dejar tu trabajo, si las cosas se ponen feas por alguna razón.

—¿Precisamente ahora, en que estás tú sin empleo? —sonrió ahora con más espontaneidad que antes.

—Las cosas tienen que cambiar, Nelly. Ni siquiera la mala suerte dura mucho. Saldremos de todo esto, quizá antes de lo que imaginamos. No olvides lo que te dije —la abrazó con fuerza—. Vendré mañana por la mañana a verte de nuevo. Espero que podamos pasear un rato, y charlar fuera de esta casa...

—A las diez tengo que ir a un almacén de farmacia a recoger unos productos determinados —murmuró Nelly—. Espérame entonces al otro lado del puente, Seldon.

—No faltaré —prometió él, besando sus labios y encaminándose a la puerta—. Despide en mi nombre al doctor Brodman. Y recuerda: vive alerta. Cuídate mucho, querida.

—No te preocupes —suspiró la joven enfermera—. No hay nada que temer aquí.

Pero cuando Seldon hubo salido y ella cerró la puerta de recia madera, asegurándola con cerrojo, sintió un instintivo escalofrío, y se preguntó si, realmente, aquel lugar era tan seguro para ella como parecía.

Y eso que no había visto la cortina que, sigilosamente, se volvió a plegar al fondo del vestíbulo, tras retirarse de una rendija entre ella y el muro la figura silenciosa y furtiva del doctor Austin Brodman...

Seldon Rush, ya en la noche brumosa y fría, se detuvo en el vecino pub a tomar una cerveza, como era su costumbre.

Estaba acodado en el mostrador, profundamente sumergido en sus sombrías reflexiones, ante la gruesa jarra de excelente cerveza Waynes, cuando una voz sonó a su lado, vigorosa y segura de sí, al tiempo que una recia mano se apoyaba en su hombro, provocándole un sobresalto, como si fuesen a arrestarle por el asesinato y mutilación de Peter Barclay, el editor.

—Buenas noches, señor Rush. Le esperaba. ¿Qué tal si nos sentamos en una mesa tranquila y charlamos usted y yo de negocios?

Rush se volvió, mirando preocupado al hombretón de macferlán oscuro y amplio, tocado con un sombrero de peluche gris de alta copa, sonrisa cordial y ojos sagaces, erguido junto a él. La humareda del pub rivalizaba en densidad con la niebla del exterior.

—Perdone, señor, temo no conocerle —dijo Rush, precavido—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Jonathan Stern, —dijo el otro, tendiéndole su manaza lealmente—. Vengo no sólo a ofrecerle que trabaje para mí como corrector de pruebas, sino que, enterado de lo sucedido a su antiguo jefe, mi sucio y tristemente desaparecido competidor, Peter Barclay, le ofrezco, a la vez, la posibilidad de demostrar sus dotes de escritor, ocupándose del relato de ese crimen en mi volumen mensual de Famosos Crímenes de Londres, por la suma de cien libras. Que, naturalmente, si el artículo gusta, recibirá usted mensualmente a cambio de nuevos artículos en dicha publicación... ¿Le gusta la idea para discutirla seriamente ante dos buenas jarras de cerveza en una mesa apartada donde todos estos borrachines que nos rodean no nos molesten demasiado, señor Rush?

—Por supuesto que me gusta esa idea, señor Stern —aseguró jovialmente Seldon, apretando con fuerza la mano de su interlocutor, antes de tomar su jarra, pedir otra, y señalar la más alejada y apacible mesa de todo el ruidoso local.

CAPITULO VII

—Ilonka... Te amo. Creo que cada día te amo más, querida mía...

—Oh, Cyrus, amor... Es maravilloso oírte hablar así —susurró ella, dejando caer suave, lentamente, la tenue prenda que cubría su cuerpo, y que, al deslizarse a la alfombra del dormitorio, dejó ver en toda su desnudez y arrogancia las formas voluptuosas de la hermosa mujer. Luego, avanzó lentamente hacia su esposo, el joven aristócrata y político, cayendo rendidamente en sus brazos—. Soy tuya... Toda tuya.

Cerró los ojos. Sus párpados cubrieron aquellas pupilas intensas, las pestañas aletearon con sedosos crujidos, mientras los carnosos labios sensuales se adherían a los de él como ventosas jugosas y anhelantes. Las manos delgadas y pálidas de sir Cyrus recorrieron con suave deleite cada una de las curvas de aquella carne tibia, turbadora y apetecible. Besos y caricias se hicieron más intensos por momentos.

—Eres tan hermosa, tan increíblemente bella... —murmuró sir Cyrus dulcemente, sumergiéndose lentamente en la embriagadora sensación de ser el amo absoluto de aquella hembra incomparable.

El cuerpo de ella, desnudo y estremecido de deseos, se puso fugazmente rígido. La voz de ella sonó apagada pero extrañamente tensa:

—Y si no fuese tan hermosa... ¿me amarías igual, Cyrus querido? Responde, ¿me desearías lo mismo si mi rostro no fuese tan bello?

Cyrus recorrió su cuello y sus pechos deliciosos con besos suaves, rápidos y anhelantes. La respuesta fue menos concreta de lo que ella realmente deseaba, mientras por su mente pasaban imágenes de otros de sus apasionados amores, como Peter Barclay o el doctor Brodman:

—¡Qué tontería, amor mío! Eres hermosa, y eso nadie podrá nunca quitártelo. Te quiero tal como eres, porque así te conocí... Deja de pensar ahora en eso. Eres mía, y eso es lo que ahora cuenta...

Cayeron sobre el lecho. El deseo mutuo se hizo fuego ardiente que les envolvió y sumió en un común y abrasador éxtasis donde la carne vibraba con la pasión. Pero aun dentro de su propia lujuria, Ilonka no dejaba de pensar y pensar en su pasada tragedia, en el horror que no deseaba que volviese, y que podía arruinar su vida con Cyrus, su marido.

Confiaba en que esta vez, al menos, el experimento de Brodman resultase eficaz y duradero, que nunca más aquella hermosa faz suya pudiera volver a destruirse, revelando lo que había detrás.

Luego, ya no pensó en nada. Se entregó al hombre. Y el hombre a ella...

Gritos, jadeos y espasmos de carne ardiente invadieron la habitación del joven matrimonio...

* * *

Ilonka sonrió ante el gran espejo iluminado por las dos lámparas de gas adosadas al muro empapelado de bellas flores y guirnaldas. Se acarició su piel suave, sedosa y tenue, con dedos sensibles y estremecidos de gozo. Su desnudez apenas si la disimulaba su bata translúcida, color melocotón. Se aplicó perfume de un frasco azul de su tocador, en el amplio lavabo y aseo anexo a su habitación.

Cyrus dormía ya, en la estancia vecina. Seguían la norma de dormir separados, aunque se encontrasen en los momentos en que ambos se necesitaban mutuamente. Luego, una puerta sin llave ni pestillo les separaba durante la noche cuando Cyrus estaba en Londres. Era una moda de la mejor sociedad londinense. Y una forma de tener sus momentos de total independencia cada uno, al margen de su vida en común.

Lena, su doncella, pronto regresaría con el servicio de noche; sus tabletas contra los nervios, el agua y el vaso de leche habitual. Luego, un sueño reparador, y un nuevo día. Poco a poco, el olvido de la muerte de Barclay. Se sentía satisfecha. El nuevo producto químico de Brodman funcionaba. Parecía ya ser definitivo. Aquel rostro no se alteraba como el otro. Había leído los diarios de la tarde. Ni noticia del crimen. La policía estaba desorientada. Se buscaba a un maníaco con conocimientos de anatomía. Eso era todo. Sonrió triunfante. No sólo se había vengado, sino que todo quedaría en la mayor impunidad.

Ilonka se pasó un suave paño por el rostro, para despojarlo de impurezas y maquillaje. Luego, alargó la mano hacia un tarro de cold-cream, con los ojos fijos en el azogado vidrio oval donde se reflejaba su extraordinaria belleza, ahora tal vez inmarchitable ya.

Y, de repente, sucedió.

Un grito de horror escapó de su garganta. Las manos le temblaron de tal modo, que derribó el tarro de pomada en las baldosas, haciéndolo añicos. Se inclinó hacia el espejo, estremecida de angustia y terror.

Otra vez.

Delgadas grietas primero, iban resquebrajando su faz, como si ésta fuese una máscara de arcilla sometida a un fuego excesivo. La carne tersa se arrugaba, tomaba un tinte lívido. Sus labios se oscurecieron de repente y comenzaron a plegarse, para iniciar un rápido proceso de descomposición y desprendimiento, primero en forma de escamas, luego a piezas, como fragmentos de cera desecada.

—¡Oh, cielos, no! —clamó con desesperación, clavando sus uñas en el tapete del tocador.

Y en el espejo, se reflejó otra imagen. La de Lena, su doncella, con la bandeja donde traía la leche, el agua y las tabletas. Una sonrisa asomaba a su rostro ingenuo. Una sonrisa que se heló en sus labios al ver el rostro de su señora en el espejo.

De sus manos escapó la bandeja. Los vasos se estrellaron en el suelo, dispersándose agua y leche en dos regueros distintos. Un grito ronco de terror

escapó de la boca de la joven doncella.

—¡Señorita! —gimió—. Pero... ¿qué le ocurre?

Ilonka se incorporó, derribando una silla. Su expresión era la de un animal acosado. Empuñaba las tijeras de arreglarse el cabello. Miró, extraviada, a Lena.

—Maldita... —jadeó—. ¿Por qué entraste precisamente ahora, por qué?

Y al hablar, se contrajo su rostro horriblemente, y trozos de su falsa cara Cayeron al suelo, empezando a revelar las cicatrices y mordeduras del vitriolo en su rostro original. Lena retrocedió espantada, sin dar crédito a lo que veía.

—Yo... no podía saber... Oh, señorita, ¿qué significa esto? —sollozó.

Ilonka sabía lo que iba a seguir. Su doncella lanzaría gritos y gritos, escaparía de allí como alma perseguida por el diablo. Cyrus despertaría, acudiría asustado... para ver la realidad frente a frente, con sus propios ojos. Luego, en la calle, Lena diría a todo el mundo lo que había presenciado. El horrendo secreto sería difundido sin remedio. Era su final como mujer, como ser humano.

No vaciló. Se precipitó sobre su doncella. Tapó su boca; con una mano crispada. Y clavó las tijeras hasta el mango en la garganta de Lena. Un espantoso surtidor de sangre brotó de allí, golpeando caliente y espeso su propio rostro en proceso de descomposición. Notó correr la sangre en abundancia por sus mejillas, mentón y bata, mientras los ojos de Lena se desorbitaban y su cuerpo empezaba a temblar con espasmos de muerte.

No se resignó con eso. Extrajo ferozmente las tijeras, volviendo a recibir en boca y rostro los chorros disparados de roja e hirviente sangre, hasta sentir su salobre calor entre los labios. Una y otra vez, rabiosa, exasperada, hincó las tijeras en cuello, pechos y vientre de su doncella, acorralada contra la pared, manoteando en vano contra aquella lluvia de impactos feroces y desgarradores que apresuraban su agonía y su muerte.

Se deslizó hacia el suelo el cuerpo convulso de su víctima, y la enfurecida Ilonka, como un ser endemoniado, no satisfecha con su obra, llegó al extremo de clavar las tijeras en ambos ojos de Lena, vaciándoselos entre dos derrames de humor acuoso y sangre. Los berridos roncos de su víctima, que hacían aumentar su terrible hemorragia de la garganta, se extinguieron definitivamente cuando una última cuchillada se hincó en el seno izquierdo de Lena, partiendo su pezón y su corazón al mismo tiempo. El cuerpo cayó pesadamente al suelo. Horrorizada ahora, Ilonka, jadeante, contempló el sangrante cadáver. Se volvió, para mirarse el rostro, en el espejo oval, chorreante de sangre. Una exclamación de estupor infinito escapó de sus labios.

¡La piel agrietada volvía a regenerarse y hacerse tersa bajo el impacto caliente de la sangre, que era absorbida rápidamente por las hendiduras de su bella máscara, volviendo a dejar a ésta suave y aterciopelada, como si de nuevo Austin Brodman la hubiese aplicado su prodigioso hallazgo.

La verdad se abrió paso rápidamente en su aturdido cerebro. Soltó las

tijeras rojas de su mano ensangrentada. Supo lo que ocurría. ¡Al embeber la sangre, la máscara de belleza se regeneraba para ser la misma de antes, sin necesidad de más intervenciones por parte del doctor Brodman!

Una idea delirante y horrible pasó por su cerebro. Recordó las vísceras de Barclay, trituradas por el almirez de Brodman para formar la pasta mágica... ¿Y si ahora ella completaba la sorprendente obra iniciada por puro azar... por atroz y repugnante que fuese su realización?

Una mueca maligna curvó sus labios crueles. Aferró de nuevo las tijeras con mayor furia. Se inclinó sobre su doncella sin vida. Y comenzó la espantosa tarea de cortar la carne, en medio de aquel baño de sangre, hasta encontrar entre capas de grasa y tejidos, las vísceras del cadáver femenino.

Sus dedos se hundieron en las entrañas calientes, palpitantes aún. Arrancó hígado y bazo, y se restregó con todo ello la cara, antes de... empezar a morder y devorar todas aquellas vísceras en crudo, goteándole la sangre por las comisuras de los labios, tras enrojecer sus dientes.

Paulatinamente, ante el espejo, fue viendo cómo la piel se estiraba y fortalecía, cómo tomaba densidad y cuerpo, hasta ser otra vez la misma que el doctor Brodman produjera en su laboratorio tan trabajosamente...

—¡Lo logré! —aulló ella en la soledad de su cuarto de aseo, riendo ferozmente—. ¡Puedo ser eternamente hermosa..., sólo bañándome en sangre el rostro, devorando vísceras humanas para reforzar la regeneración de los tejidos artificiales! ¡Es maravilloso! ¡Ni siquiera el doctor Brodman pudo imaginar algo así!

Y cerrando la puerta del baño, para que su esposo no pudiera oírla, soltó una ronca y larga carcajada de triunfo. Se había liberado de su sometimiento forzado al médico. Ahora, ella misma podía procurarse la medicina necesaria para seguir siendo hermosa.

Sólo hacían falta seres humanos. Y sangre. Y vísceras calientes, chorreantes de sangre...

* * *

—Su relato de este mes ha sido realmente excelente, Rush, aunque algo truculento —admitió riendo Jonathan Stern, el editor, palmeando el hombro de su nuevo empleado cordialmente—. ¿Cómo se le ocurrió relacionar el asesinato de mi competidor Peter Barclay, con la aparición de esa pobre mujer de ojos vaciados y vientre abierto, en las aguas del río, el otro día, al mismo tiempo que esa pobre ramera de Blackfriars fue asesinada a cuchilladas, y vaciada también de sangre y vísceras? Su teoría de un asesino enloquecido, feroz y demoníaco, que hace un rito de la sangre y las vísceras humanas en cada uno de sus crímenes, ha causado impacto en los lectores de nuestra revista mensual, pero sigo opinando que es un poco fantástico.

—La policía no tiene mejores teorías al respecto —sonrió débilmente Seldon Rush, alzando los ojos desde su posición reclinada, en el asiento

situado frente a su actual mesa de trabajo, en aquellas oficinas amplias y bien iluminadas, tan diferentes a las sórdidas y miserables de Peter Barclay—. Por eso se me ocurrió ese relato. Al menos, tiene cierta dosis de verosimilitud. No hay duda de quién mató a Barclay, hizo lo mismo con esas dos infortunadas mujeres. La primera no ha sido identificada aún, y la otra era solamente Sally Ann Stuart, una prostituta vulgar. La ausencia de sangre y de ciertos órganos interiores, es como una siniestra firma del criminal. Dice el forense de Scotland Yard, según me contó el inspector Barrow, que la chica del río, la de los ojos vaciados, fue muerta a tijeretazos. En cambio, la prostituta lo fue con cuchillo. Quizá sea el principio de otro horror como el de Jack el Destripados

—Sea lo que sea, su trabajo estuvo muy bien, Rush. Me alegro cada vez más de haberle contratado, no sólo como corrector, sino como escritor. Creo que su verdadero futuro está precisamente en esta última vertiente, amigo mío. Y me alegraría mucho que llegase a triunfar a mi lado.

—Si fuese así, será todo gracias a usted, señor Stern. Por tener fe en mí.

—No, no —rechazó el editor vivamente—. Ni mucho menos. El mérito en algo así siempre será suyo, Rush. Es usted quien tiene el talento, después de todo. Mi única tarea consistirá en haberlo descubierto como tal —sonrió el editor, y se volvió hacia la puerta vidriera de las oficinas editoriales, guiñando un ojo a su nuevo empleado—. Le dejo, amigo mío. Tiene visita hoy.

—¿Visita? —Seldon miró hacia la entrada y se puso rápidamente en pie al ver quién llegaba—. Nelly...

—Sé que se casan dentro de tres días —rió Stern de buen humor—. Les haré un buen regalo de bodas. Por el momento, sólo puedo decirle que tiene la tarde libre, Rush. Si quiere, salga de paseo con su chica. Aquí hay ahora poco trabajo...

—Gracias, señor Stern —Rush tomó su sombrero y macferlán, dirigiéndose con rapidez al encuentro de su prometida.

Momentos después, se reunía con ella en la entrada de la editorial. Nelly y él se besaron. Seldon la tomó de un brazo y la llevó a la calle con rapidez. Echaron a andar por la acera, bajo una fina llovizna. Las brumas, allá en el Támesis, se iban espesando a medida que avanzaba la tarde.

—Me siento feliz de que todo te vaya bien, Seldon —murmuró Nelly, apoyando su cabecita en el' hombro de Seldon Rush—. Ha sido maravilloso que entrases a trabajar con el señor Stern...

—Ha sido una fortuna para ambos. Tenemos ahora un porvenir esperanzador ante nosotros. Podrás dejar tu trabajo con el doctor Brodman y vivir dedicada solamente al trabajo de nuestro hogar, no al de los demás.

—Será lo mejor que podría suceder —musitó Nelly—. No me gusta seguir con el doctor Brodman, la verdad. Algo ha cambiado en aquella casa, Seldon. A veces, incluso siento miedo...

—¿Miedo? ¿De qué? —se inquietó Seldon, mirándola preocupado.

—Ni siquiera puedo saber la razón. Es algo instintivo. Pero el doctor ha cambiado. Se le ve taciturno, preocupado, ojeroso... Se encierra muchas veces

en su consulta en el laboratorio, durante horas, sin querer ver a nadie.

—Sí, es raro —admitió Seldon, ceñudo—. ¿Y su bella paciente, la señora Atwill? ¿Ha vuelto por allí?

—Hace días que no viene. Eso parece irritar e inquietar aún más al doctor. Su trato se ha hecho huraño, hosco y desagradable. Está pálido y debe descansar mal. El otro día, justamente anteayer, le oí hablar entre dientes, excitado, y romper un periódico en trozos pequeños, arrojándolos luego a la papelera.

—¿Por qué motivo?

—No lo dijo. Pero luego recompuse los trozos rotos. Era un diario que hablaba en su primera página del hallazgo de una mujer mutilada y de ojos vaciados en las aguas del Támesis...

—Ya —Seldon apretó los labios. Sus ojos brillaron, excitados—. Bien, olvida todo eso y no sufras demasiado. Sólo quedan tres días para que seas libre totalmente... Si es que no te consideras esclava mía en lo sucesivo.

—Oh, tonto —rió Nelly dulcemente, con expresión feliz—. Estoy deseando que llegue ese momento, Seldon...

—Buenas tardes, señor Rush —saludó una voz a su espalda.

Seldon se volvió, sobresaltado. La mano de Nelly se aferró a la suya con sobresalto. El joven se relajó. El hombre que saludaba tan brusca e inesperadamente, había bajado de un carruaje, junto al bordillo. Era el inspector Addison Barrow, de Scotland Yard.

—Oh, usted, inspector —sonrió Seldon, irónico—. ¿Viene a detenerme ya por homicidio?

—Me temo que no tenga evidencias para tanto —rió con sarcasmo el inspector, inclinándose cortés ante Nelly—. ¿Su prometía, señor Rush?

—Sí, Nelly Parrish —presentó Rush—. Nelly, el inspector Barrow, del Yard.

—Es un placer, inspector —dijo ella con suavidad—. ¿Mi prometido es sospechoso de algo?

—Creo que cada vez menos —suspiró el inspector—. He leído su artículo, Rush, en la revista mensual del señor Stern. Está bien escrito. Y es ingenioso. Casi coincide con mi propia teoría sobre esos crímenes. Como usted, sospecho que es el mismo autor siempre. Pero lo que no veo nada claro son los motivos... Ah, hemos investigado lo de la dama misteriosa que visitaba al editor Barclay.

—¿Y...?

—No obtuvimos gran cosa —meneó Barrow la cabeza—. Pero hallamos un diario de Barclay con algunas anotaciones. Nada claro tampoco, pero... habla de sus remordimientos por haber arrojado ácido al rostro de una mujer con quien tenía relaciones, desfigurándola...

—¿Acido? ¿Desfigurada? —se estremeció Nelly, abriendo mucho sus ojos.

—Sí, señorita —asintió Barrow, rápido, clavando en ella su mirada—. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada —eludió ella. Pero Seldon notó la presión y humedad de los dedos de su novia en su propia mano—. Sencillamente, me pareció algo tan horrible...

—A mí también —admitió Barrow con sencillez—. Barclay era un ser repugnante. Una mujer desfigurada por un ácido de grabar, podría desear vengarse... Sólo que los demás crímenes similares cometidos últimamente en Londres, no encajan demasiado. Tal vez, como usted sostiene, Rush, sean un ritual monstruoso de un maníaco homicida. O tal vez no... Bien, no les molesto más. Sólo quería decirle que no se considere sospechoso en absoluto. Si quiere, puede salir de Londres sin problemas, solo o acompañado.

—Gracias, inspector —suspiró Seldon—. Así Nelly y yo podremos hacer nuestro viaje de bodas a Escocia...

—Les deseo suerte. Y felicidad. Ha sido un placer, señorita Parrish —se inclinó, cortés, alejándose de nuevo y subiendo a su carruaje. Este se alejó.

Seldon y Nelly se quedaron mirando en la acera. El joven indagó:

—¿Qué pasa realmente, Nelly? Noté tu tensión al preguntar al inspector. Luego has ocultado algo. Me gustaría saber lo que es. ¿Por qué te impresionó eso del ácido?

—Seldon, el doctor Brodman trabaja en rostros desfigurados y todo eso. Está a punto de conseguir un producto maravilloso para regenerar tejidos deformados... Me pregunto si esa mujer que le visita, la señora Atwill...

—No. La vi en pleno día. Es joven y hermosa. No había señales de anormalidad alguna en su rostro.

—Entonces, ¿por qué le visitó tanto? Creo que mañana, a las diez de la noche, tiene concertada otra visita en la consulta del doctor... Si es tan hermosa, ¿por qué visita a un especialista en cirugía reparadora?

—Eso es cierto. Y usa dominó negro. Igual que la dama que visitaba a Barclay —corroboró Seldon, ceñudo—. Nelly, si yo pudiera entrar en casa del doctor y estar presente en esa visita de la señora Atwill, mañana...

—No, no —protestó Nelly—. No puedo traicionar la confianza del doctor en mí, compréndelo. Sería poco ético dejarte entrar a ti. Existe el secreto profesional. Después de todo,, estamos yendo demasiado lejos en nuestras fantasías, Seldon...

—Tal vez tengas razón —admitió él, moviendo la cabeza—. Perdona. No debí pedirte eso. Olvídalo. Y ahora, vamos a pasear un poco, a cenar por ahí... Eso hará que pensemos en cosas menos desagradables, querida...

Se alejaron calle abajo, mientras la llovizna arreciaba por momentos. Un joven vendedor de periódicos asomó por una esquina, voceando las ediciones de la tarde. Seldon Rush y ella, no llegaron a escuchar el pregón del muchacho:

—¡Nuevo asesinato en Blackfriars! ¡El cadáver de una corista aparece acuchillado y desangrado junto al Támesis! ¡Horribles mutilaciones en el cuerpo! ¡El sádico del Támesis vuelve a atacar! ¡Ultimas noticias!

CAPITULO VIII

—Bien. Ya estoy aquí. ¿Por qué me has hecho venir, Austin? Te dije que no podía dejar solo a mi esposo estos días. Y menos a esta hora...

—¿Qué pretexto le diste para venir, Ilonka? —preguntó el doctor Brodman fríamente.

—Uno bastante frágil. Dije que cenaba con una amiga, lady Astor. Si descubre la mentira, me veré en problemas.

—Estás en problemas aun sin haberse descubierto mentira alguna.

—¿A qué te refieres? —se irritó ella—. ¿Por qué me citaste, si ahora no te he pedido hora de consulta?

—Exacto —silabeó el doctor Brodman, tras comprobar que todo estaba cerrado y ellos se hallaban solos en el consultorio inmediato a su laboratorio —. ¿Por qué no has venido a mi consulta en varios días?

—Porque tuviste un gran éxito con tu experimento —rió ella, algo forzada —. ¿No lo ves? Tuviste razón. Esta vez no se agrietó ni echó a perder. Sigue igual que cuando me aplicaste aquella sustancia de tu creación, querido...

—Mientes —cortó él, incisivo.

—¿Qué? —ella le miró, sorprendida. Una sonrisa asomó a sus carnosos labios. Era burlona. Pero en sus ojos había un destello de inquietud también —. ¿Por qué dices eso? Ya ves que no te miento. Mira mi rostro. Tócalo. Has vencido. Tu experimento es un gran éxito. Serás el hombre más grande en la historia de la Medicina inglesa.

—Dije que mentías. E insisto en ello. He experimentado esa sustancia. No resulta. Se estropea al poco de aplicarla. Luego, hice otro experimento. Apliqué sangre directamente sobre la máscara. Sangre humana. Resultó. Y si se aplican de alguna forma los efectos de ciertas vísceras..., incluso comiéndoselas..., el resultado es aún mejor.

—¿Estás loco? —Rió nerviosamente Ilonka Atwill, paseando por la estancia—. Aplicar sangre humana directamente, comer vísceras... Es una idea horrible.

—Pero una idea que tú estás llevando a cabo, querida Ilonka —replicó él con voz dura y afilada.

—No te entiendo... —jadeó ella, muy pálida, parándose a mirarle—. ¿Qué tratas de sugerir con esa espantosa idea?

—La verdad, Ilonka. La horrible verdad que tú y yo sabemos... —fue hasta un mueble, extrajo un puñado de diarios con grandes titulares y los arrojó violentamente sobre su mesa de trabajo—. ¡Lee eso! ¡Siempre iguales noticias desde hace unos días! ¡Mujeres que aparecen acuchilladas brutalmente! ¡Desangradas, sin vísceras en el cuerpo, lo mismo que Peter Barclay! ¡Eres tú, Ilonka, tú! ¡Has encontrado el modo fácil y rápido de regenerar tu maldito rostro hermoso y falso, y no necesitas ya recurrir al buen médico y amante a quien pediste ese favor! ¡Puedes obtener el remedio por ti misma, con la

mayor facilidad del mundo! ¡Y eso es lo que estás haciendo!

Un tenso silencio reinó en la estancia. Ilonka, demudada, inclinó la cabeza. La caperuza negra de su dominó, aparecía plegada a su espalda. No parecía necesitarla ya.

—Bien, ¿y qué, si así fuese? ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Esperas que llore, arrepentida, por esas miserables vidas que han servido para darme belleza? ¿Que lamente el fin de esas mujerzuelas, cuya sangre y vísceras tuvieron tan alto destino?

—Eres tú la que estás loca, Ilonka —masculló Brodman, lívido—. La fealdad del rostro no es la que cuenta, sino la del alma. Y tú estás deformada por dentro, Ilonka. Por hermosa que estés, te veo horrible, repugnante... ¡Te has convertido en una especie de monstruo abominable, incapaz de detenerse ante nada, sólo porque deseas seguir teniendo un falso rostro, una mentira bella que cubra tu infame maldad humana, física y mental! Me das asco y pena, Ilonka. No puedo ayudarte. Ya no...

—No te he pedido ayuda, Austin —rió ella—. Esta vez, no.

—Ya veo. En cuanto esa bonita cara se agriete de nuevo... ¡otra infeliz mujer será asesinada en la noche por el ángel de belleza que es Ilonka Atwill!

—No puedo evitarlo, Austin. Tú me enseñaste el camino...

—Eras tú la que habías matado, no yo. Mi estupidez fue seguirte por ese camino. No podía terminar bien. Pero no iré más lejos.

—¿Qué quieres decir?

—Iré a Scotland Yard. Admitiré mis culpas. Y pagaré por ellas. Pero tú no volverás a asesinar a nadie para conservar tu maldita belleza...

—¡No harás eso! —los ojos de ella centellearon, coléricos—. ¡No lo harás, Austin Brodman..., o te mataré!

—Inténtalo —rió, desdeñoso, Brodman, abriendo rápido una gaveta y extrayendo un revólver con el que encañonó a Ilonka—. Inténtalo, preciosa, y te afearé para siempre esa bonita cabeza. No me fío de ti. Por eso te esperaba armado. Uno nunca debe fiarse de una asesina. Vamos, te llevaré personalmente a la policía. Esto no puede continuar. Sólo quería estar seguro de que mis sospechas eran ciertas. Y veo que sí.

—Austin, ¿vas a ser capaz de... de entregarme? ¿De enviarme a la horca? ¿Tú? —gimió ella.

—Va a ser doloroso. Pero lo haré. Lo siento, Ilonka. Tampoco yo voy a salir bien librado. Pero no me asusta. Es lo que hay que hacer, y lo haré. Yo...

En ese momento, observó que la convulsión facial de Ilonka, aterrorizada por la idea de ser entregada a la ley, no era solamente un cambio de gesto. Algo en aquella tersa y bella piel se estaba transfigurando, deteriorando por momentos. Finas grietas se iban dibujando en la epidermis, grietas que luego se abrían profundamente, empezando a desprenderse a trozos aquella bonita cara, como si fuese cera reseca.

—Ilonka... —jadeó, trémulo—. Tu rostro...

—¿Qué? —tembló ella, dilatando sus ojos angustiados.

—Otra vez... Mírate en ese espejo...,.

Ella lo hizo. Una sacudida de horror agitó su cuerpo. Gritó roncamente, llevando sus dedos crispados al rostro, y retirándolos con fragmentos de su falsa cara, que dejaban ver debajo la otra faz, la atroz, repugnante y deforme de la realidad.

—¡Nooo! —sollozó roncamente—. Eso no... Otra vez no... Ya es cada día, Austin...

—Tenía que suceder así —dijo tristemente Brodman—. Cada vez durará menos y menos... Cuanto antes terminemos con todo esto, tanto mejor para todos, Ilonka. No podía ser... y no fue. Nunca debiste llegar tan lejos, sólo por tu belleza física...

Un agudo grito de terror interrumpió a Brodman. Este, sorprendido, se volvió, lo mismo que Ilonka. Ambos, demudados, lívidos, se encararon con la figura vacilante, el rostro trémulo y profundamente pálido, que asomaban tras el espeso cortinaje del despacho.

—¡Nelly! —Rugió el doctor Brodman, aterrado—. ¡Nelly, usted aquí...!

Y Nelly Parrish, que sin duda espiaba a ambos en su entrevista, salió de entre las cortinas, tambaleante, muda de terror tras el grito que provocó en ella la repentina visión, en el espejo, de aquella cara dantesca, bajo la falsa faz hermosa y suave.

—Dios mío... —sollozó Nelly, mirando con angustia a Ilonka Atwill—. No es posible tanto horror...

—Maldita... —silabeó Ilonka, furiosa—. ¡Sabía que ella tenía que espiar...!

Brodman tuvo una vacilación fatal, revólver en mano. Superado por los acontecimientos, no pudo prever el acto desesperado de Ilonka. Ella aferró con energía un pisapapeles de bronce, con la forma de un hermoso bergantín de la Real Armada Británica, y lo estampó en el cráneo del doctor, derribándole en seco, sin un solo gemido. De la mano del cirujano, escapó el revólver, al que Ilonka, rápida, dio un puntapié, alejándolo de Nelly, que la contemplaba alucinada. La sangre fluyó del cráneo de Brodman, empapando sus cabellos.

Una risa macabra escapó de los ahora deformados y repugnantes labios de Ilonka, cuya mano dejó el pisapapeles, para esgrimir el largo y afilado cortapapeles del doctor Brodman. Avanzó unos pasos hacia Nelly, que retrocedió, llena de pavor.

—¿Qué... qué va a hacer? —gimió la joven enfermera, con voz trémula.

—¿No lo comprendes? —rió roncamente Ilonka, de nuevo dueña de sí, pero por contraste transformada en una auténtica fiera de crueldad, de odio, de perversión. Su rencor, su rabia contra Nelly, podía tener ahora la explosión radiante que ella deseaba. Agitó la centelleante hoja del pisapapeles, en forma de vieja espada medieval, muy afilada, y añadió, maligna—: La sangre humana caliente... y las vísceras palpitantes y ensangrentadas... me dan fuerza, vigor... y el rostro que necesito. Tú vas a ser mi nueva víctima, preciosa... Tú me darás juventud y belleza por un solo día, hasta que cualquier

ramera o mujerzuela de la calle me facilite otro día de atractivo... Nelly Parrish, siempre te he odiado, desde que te conocí. Con un prometido guapo, arrogante... Hermosa, dulce, llena de un atractivo que no mereces... ¡Eres vulgar, mediocre..., pero hermosa! Y yo, que poseo fortuna, que soy esposa de un aristócrata, que tengo posición y clase... debo arrastrar este horror de por vida... No, querida. No seguirán siendo así las cosas. Tú vas a alimentar este rostro que tanto te asustó... ¡con tu propia sangre y tus órganos calientes! Será un hermoso, apetecible festín...

Nelly, en el paroxismo del terror, difícilmente podía comprender aquella aberrante serie de atrocidades que estaba descubriendo de los labios mismos de la monstruosa asesina. El cortapapeles cada vez estaba más y más cerca de su garganta, presto a degollarla...

La puerta de la consulta se abrió en ese momento bruscamente. Nelly lanzó un grito ronco de alegría, al ver aparecer a un hombre joven, vigoroso y elegante, empuñando un bastón, que al ser desenvainado, reveló dentro de la caña negra la presencia de un largo, afilado estoque.

—¡Dios mío, sálveme de este horror, caballero! —Sollozó, desesperada—. ¡Esa mujer está totalmente loca, es una feroz asesina...!

Ilonka se había vuelto con sorpresa al oír la puerta, y miró demudada al hombre que aparecía en su umbral, envuelto en la amplia capa, con el estoque en ristre.

—¡Cyrus! —gimió—. ¡Tú... aquí!

Sir Cyrus Atwill, su joven y aristocrático esposo asintió sombríamente, mirándola con fijeza. Estaba muy pálido, y tenía una expresión dura, afilada.

—Sabía que vendrías a ver al doctor Brodman, no a lady Astor. Te seguí esta noche, como te he seguido estas últimas noches, Ilonka...

—¿Que tú... me has seguido? —jadeó ella, palideciendo mortalmente, cubriendo su rostro repugnante.

—Claro. ¿Crees que fue casual que esa corista acuchillada junto al Támesis apareciera milagrosa y casualmente en tu camino anoche, facilitándote las cosas para tu baño de sangre y tu festín de vísceras, querida?

—Cyrus, tú sabes... —la voz de ella era un sonido quebrado, roto.

—Lo he sabido desde la noche misma que mataste a Lena, la doncella. Lo oí, entré y vi algo por una rendija... Horrorizado, no supe qué hacer —confesó su esposo—. Luego, resolví ayudarte. Prefería ver tu rostro hermoso y cerrar los ojos a la horrenda verdad... Te vi matar a la ramera. Y vi el resto. Decidí ayudarte, entregándote yo mismo los cadáveres que necesitabas. Por eso maté a la corista, para facilitarte las cosas, y esperé a que llegaras junto a ella...

—Cyrus, no... no te horrorizas de mí. Me comprendes. Vas a ayudarme...

—Te estoy ayudando ya —asintió Cyrus con énfasis—. Te amo, Ilonka. Y no deseo perderte. No deseo dejar de verte con tu belleza actual... al precio que sea. Voy a ayudarte otra vez.

—¿Cómo, Cyrus?

—No es lo mismo beber sangre o comer vísceras... que matar. Yo mataré.

Tú harás el resto. Me encargaré de esta joven. Luego, tú harás tu parte. Para la policía, yo seré siempre el único culpable... El único, ¿está claro, Ilonka querida?

—Sí —musitó ella roncamente—. Sí; Cyrus querido... Te seré fiel. Siempre. Fiel hasta morir... por lo que haces por mí. Lucharemos juntos por ser ambos felices, ¿verdad?

—Verdad —acercó el estoque a la garganta de la aterrorizada Nelly—. Lo siento, señorita. Tengo que hacerlo. No la haré sufrir...

Y la punta de estoque, afiladísima, se apoyó en su garganta tersa.

CAPITULO IX

—Brodman está muerto —susurró Ilonka, arrodillada junto al médico—. Le maté del golpe. Me hubiera delatado, Cyrus querido. Adelante. Si Nelly muere, nadie sabrá de lo ocurrido aquí...

—No temas. Nadie va a saberlo —sonrió lúgubremente Cyrus Atwill. Miró duramente a Nelly. Luego, se dispuso a tirarse a fondo, atravesando la garganta de la muchacha.

Los dos disparos rompieron el acero por su mitad con agrio estallido de metal. Éste lanzó un alarido, al ver saltar los fragmentos de su estoque y escuchar las detonaciones.

—¡Malditos...! —comenzó alarmado, palideciendo aún más intensamente de lo que ya antes estaba—. ¿Qué significa...?

Otra puerta, la del laboratorio, se había abierto bruscamente. En el umbral, no sólo Seldon Rush aparecía junto al inspector Addison Barrow, de Scotland Yard, sino también tres agentes uniformados y otros dos armados de revólver.

—Sir Cyrus Atwill y señora, alto en nombre de la ley —dijo solemnemente el inspector, empuñando su revólver humeante—. Les arresto bajo la acusación de varios asesinatos. Será inútil que se resistan...

Sir Cyrus comprendió que era el final de todo. Rabioso, exhaló un grito ronco y se precipitó sobre los policías esgrimiendo su astillado estoque, con intención de herirles. Tal vez lo hizo intencionadamente para no sobrevivir a un proceso escandaloso y el final en la horca.

Lo cierto es que otro policía tuvo que disparar. Y esta i vez, la bala hirió al aristócrata en la cabeza. Cayó de bruces, I con un estertor, mientras Ilonka chillaba con desesperación: —¡No, no! ¡Cyrus, tú no...!

Le miró, despavorida, comprendiendo que era el final de todo. Con un rasgo de desesperación suprema, cayó junto a él, y tomando el estoque astillado, se lo incrustó de golpe en el pecho, antes de que nadie pudiera evitarlo.

Cuando Seldon Rush y el inspector corrieron a su encuentro, ya era tarde.

Ilonka Atwill estaba agonizando. El acero estaba hincado ' hasta la empuñadura, atravesándola casi totalmente, y partiendo en dos su corazón. Miró turbiamente a Seldon, al inspector y a Nelly. Sonrió, forzada, con su espantoso rostro! deforme.

—Dios... me perdone... —jadeó—. No valía la pena... ser hermosa... para morir...

Se vidriaron sus ojos. Cayó de espaldas en el pavimento con golpe sordo. Seldon se incorporó lentamente. Nelly corrió a sus brazos, se parapetó en ellos, rota en llanto histérico.

—¿Cómo... cómo pudiste venir...?

—Se me ocurrió al negarte tú a permitirme la entrada en la casa. Hablé con el inspector Barrow. El también tenía ciertas sospechas. Mi relato completó su

teoría, y nos ocupamos de entrar aquí de forma subrepticia, sin ser advertidos. Por desgracia, no pudimos evitar que matara al doctor Brodman. —Tal vez sea mejor así —apuntó el inspector Barrow tristemente—. Un proceso semejante siempre resulta doloroso para todos. Creo que sir Cyrus también pensó igual y tomó su propia decisión, al intentar atacarnos con su estoque roto. En cuanto a la señora Atwill..., ¿qué otro camino elegir, dada su situación?

—Mire, inspector —habló Seldon de pronto con voz ahogada—. Creo que, después de todo, el invento del doctor. Brodman era un éxito..., pero sólo después de muerta la persona...

En silencio, sobrecogidos por la mutación, todos miraron el rostro de Ilonka Atwill, caída junto a su esposo. El rostro poco antes agrietado, deforme y horrible, iba suavemente cubriéndose de una capa suave, rosada, de una tenue piel sedosa, que brillaba a la luz de las lámparas de gas de la consulta médica, dando creciente y paulatina belleza a la mujer sin vida.

Finalmente, aquel rostro yerto resultó como originalmente era: una auténtica máscara de belleza, que parecía capaz de ocultar tanta lacra, tanta miseria, tanto horror.

—Dios mío... —susurró Nelly—. Era realmente hermosa...

Y vuelve a serlo, una vez muerta...

—Así ocurren a veces las cosas —comentó el inspector, sacudiendo la cabeza con expresión sombría—. Uno lucha durante su vida por algo, y comete las mayores atrocidades para conseguirlo, sin lograrlo definitivamente. Y luego, la muerte, le proporciona aquello que tanto buscó y nunca alcanzó... Tal vez sea una moraleja simple y auténtica. Tal vez...

Seldon caminó con Nelly fuera de aquella macabra estancia. Salieron al fin a la calle, donde otros agentes de uniforme esperaban montando guardia, ante dos coches celulares, donde otros agentes de uniforme esperaban montando guardia; ante dos coches celulares que ya no servirían para nada. Allí sólo había cadáveres, no arrestados.

—Vamos a cualquier sitio... —murmuró Seldon—. Lejos de aquí. Y esta vez, definitivamente, Nelly. Para no volver nunca más...

—Sí, creo que será lo mejor... Pobre doctor Brodman...

—El mismo se metió en esto. No sólo pretendió llegar demasiado lejos con su conciencia, en algo que vez algún día sea sencillo, pero no en estos momentos, sino que además ayudó a una mujer desesperada y cruel a trazar un sendero de sangre y de muerte sobre el que edificar una belleza que ya no existía. Todos han sido víctimas de la enfermiza obsesión de esa mujer por seguir siendo hermosa, deseable, frívola...

—Me odiaba, Seldon. Y nunca sabré por qué...

—Tal vez porque tú eras todo lo que ella nunca podría ser: hermosa, sencilla, noble y honesta... En ti veía a su gran enemigo, a la que ella hubiera deseado ser alguna vez. Y al sentir su fracaso, ansiaba destruirte, para no tener que envidiar a nadie.

—Ha sido una horrible historia, Seldon...

—Horrible, sí. Pero ya pasó. Quedó atrás definitivamente... —la tomó por los hombros, la atrajo hacia sí y la besó suave, intensamente, deteniéndose con ella junto a Lambeth Bridge, frente a las oscuras aguas del río donde había comenzado aquel terrorífico suceso, con el casual encuentro en el puente de un conocido cirujano londinense y una mujer suicida.

Ahora, todo terminaba también allí. Entre niebla y luces de gas, entre olor a aguas sucias y pisadas de policemen de patrulla, río arriba y río abajo...

Para mucha gente, esta historia nunca habría ocurrido realmente. La policía no iba a extenderse demasiado en su información. Pero él sí pensaba escribir un relato espeluznante para la revista mensual de Jonathan Stern, su nuevo editor. Un relato donde los nombres estarían cambiados, para evitar escándalos.

Después de todo, Stern mismo lo había dicho: el futuro de Seldon Rush no estaba en la corrección de pruebas, sino en su propio estilo de escritor.

Y en ese futuro estaba también Nelly, que sería dos días más tarde la señora Rush. Le había salvado la vida en aquella trágica noche. Y era tarea suya ahora darle una vida mejor. Una vida que un buen escritor podía darle.

Besó aquel rostro suave, hermoso y sensible. Y trató de olvidar aquel rostro alucinante, aquella cara de horror vislumbrada en los momentos finales del drama de una mujer envuelta en una dantesca vorágine de sangre.

FIN